MIGUEL RAMOS CARRIÓN

"AGUA, AZUCARILLOS Y AGUARDIENTE" y "EL CHALECO BLANCO"





BIBLIOTECA TEATRAL

3 PESETAS

«EDITORIAL LA VERDAD», S. A.

Biblioteca Teatral

Director: BENJAMIN BENTURA

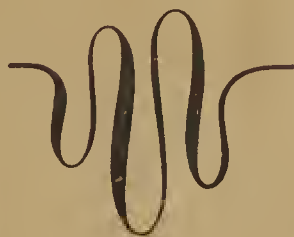
Año VI Núm. 86

AGUA, AZUCARILLOS Y AGUARDIENTE

PASILLO VERANIEGO EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN



PERSONAJES

ASIA, PEPA, MANUELA, DOÑA SIMONA, UNA MAMA, SEÑORITA 1.ª, IDEM 2.ª, BARQUILLERO 1.º, IDEM 2.º, IDEM 3.º, IDEM 4.º, LA SEÑA TOMASA, EL GACHO DEL ARPA, LORENZO, VICENTE, SERAFIN, DON AQUILINO, GUARDIA 1.º, IDEM 2.º, SEÑORITO 1.º IDEM 2.º, CHULO 1.º, IDEM 2.º, IDEM 3.º, EL 1.º, EL 2.º, EL 3.º, UN NIÑO

Un farolero, amas de cría, niñeras, niños y transeúntes



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Sala muy modesta. Puertas laterales y balcón al foro, con macetas de flores y cortina. Un botijo puesto a la sombra. Muebles sencillos y viejos

Asia sola. Tiene en la mano una jaula con un pájaro

¡Oh, tímido jilguero,
entre doradas rejas encerrado,
si no puedes ligero
surcar el aire en vuelo apresurado,
en cambio, nunca, ¡oh, triste prisionero!
te falta mi solícito cuidado!
Yo lleno de agua fresca y transparente
el bebedero en que tu pico mojas;
yo satisfago tu apetito ardiente
con la lechuga de rizadas hojas,
y te doy a millones,
para que te los comas cuando quieras,
tostados cañamones
que parecen minúsculas esferas.
Ven al balcón, la atmósfera se enciende
en luz abrasadora;
mas del dorado Febo te defiende
la ondulante cortina bienhechora.
Parece que escuchándome sonríes:
canta, volátil, canta;
suene ya entre los nardos y alelíes
el alegre trinar de tu garganta.
(*Cuelga la jaula al balcón.*)

DICHA y DOÑA SIMONA, que ha salido momentos antes, y se acerca a ASIA

SIMONA.—¿Estabas inspirada, hija mía?
ASIA.—Sí; pero ya pasó.

SIMONA.—Entonces, ven acá y oye. He tenido carta de tu tío Antón.

ASIA.—¿Y qué dice?

SIMONA.—Lo de siempre. Insiste en que te cases con tu primo Aniceto.

ASIA.—¡Jamás! ¡De Serafín o de la tumba!

SIMONA.—Pero, vamos a ver, Atanasia...

ASIA.—¡Por Dios, no me llames así!

SIMONA.—Dispensa, mujer, que algunas veces se me olvida...

ASIA.—Ese nombre ha sido causa de mi desventura, ya lo sabes. La poesía más inspirada pierde su encanto con esa firma al pie; Atanasia López. Ni en el seno de la familia quiero que me suene un nombre tan vulgar, no. Me llamo Asia, nada más que Asia.

SIMONA.—Bueno, te llamaré Asia, o América u Oceanía; pero oye esta carta, en que nos dicen verdades como puños.

ASIA.—Lee.

SIMONA.—"Valdepatata 9 de agosto. Querida Simona: Por don Sebastián, el boticario, que ha llegado de ahí hace dos días, he tenido noticias vuestras. Sé que estáis entrampadas..."

ASIA.—¡Ordinario!

SIMONA.—"Y te escribo por última vez para aconsejarte que volváis al pueblo..."

ASIA.—¡Jamás!

SIMONA.—"Al pueblo, donde nada ha de faltaros y donde viviréis tranquilas..."

ASIA.—Con la tranquilidad del sepulcro.

SIMONA.—"Mi Aniceto sigue más enamorado que nunca de tu Atanas..." Asia. Figúrate que sólo dice Asia... "Ni piensa más que en ella, ni vive más que hablándome de ella..."

ASIA.—Tan gordo, tan coloradote...

SIMONA.—Espera, espera. "Le ha entrado tal pasión de ánimo, que ni come ni duerme, y se ha quedado como un esqueleto." ¿Eh? ¿Qué tal?

ASIA.—Volverá a engordar.

SIMONA.—"Creo que si no se casa con su prima se me muere. Convéncela, y si se decide, yo iré a esa, pagaré todo lo que debéis"—"¿oyes? ¡todo!—"y nos volveremos juntos, para vivir aquí en paz y en gracia de Dios." ¿Qué te parece?

ASIA.—Que es imposible; que no me separo de Serafín.

SIMONA.—Primero hace falta que te unas a él, y va para largo.

ASIA.—No lo creas.

SIMONA.—La conducta de ese joven es muy dudosa. Yo no le veo hacer lo que hacen todos los novios...

ASIA.—Sí, mamá, sí lo hace.

SIMONA.—¿Ha venido a casa? ¿Ha dicho una sola palabra de matrimonio? Todo se reduce a acompañarnos por las noches en Recoletos, a pagar todos los merengues que me como...

ASIA.—Que son bastantes.

SIMONA.—Y por su gusto comería más: parece que desea verme reventar una noche.

ASIA. — No, mamá; él es generoso, desprendido, pródigo...

SIMONA.—Eso sí, por las muestras debe ser rico.

ASIA.—¡Ay, muy rico!

SIMONA.—Si no fuera por el qué dirán, te aseguro que ya le había pegado un sablazo.

ASIA.—¡Mamá, por Dios!

SIMONA.—Descuida. Ya ves que siempre le hablo de nuestras rentas, de nuestras fincas... ¡Si él supiera cómo vivimos en este piso cuarto de la calle de los Tres Peces! ¿Y todo porqué? Por ese maldito libro, que nos ha acabado de arruinar. ¡Gastarnos en la impresión dos mil pesetas, para no vender más que tres ejemplares! Ya te lo decían los libreros: doscientos ejemplares, no tire usted más. Pero tú, no, cuatro mil, hay que tirar cuatro mil... y efectivamente, tirados están por esas calles después de haber tenido que venderlos a perro chico.

ASIA.—¡Calla! Cuando paso y los veo, se me queda el corazón en el arroyo.

SIMONA.—Y a mí también al pensar en los ocho mil reales. En fin, que esto no puede continuar así. La carta de tu tío ha venido a darme fuerzas para tomar mi última resolución.

ASIA.—¿Y cuál es?

SIMONA.—O ese joven se casa contigo inmediatamente o nos volvemos a Valdepatata. Esta noche, si no me habla él, le hablo yo. De hoy no pasa...

ASIA.—Pero...

SIMONA.—De hoy no pasa. (*Campanillazo muy fuerte.*)

ASIA.—¿Quién será?

SIMONA.—Por la manera de llamar, lo mismo puede ser el carbonero que el tendero de ultramarinos... Vé con

precaución por el ventanillo, y si es el carbonero no le abras. (*Vase de puntillas Asia.*) Entre tantos es el único que me asusta. Con aquella cara tan negra y aquellos dientes tan blancos, parece que se ha escapado de la manigua. (*Campanillazo prolongadísimo.*) ¡Qué barbaridad! Ni que fuera el presidente del Congreso.

ASIA.—(*En voz baja.*) ¡Mamá, mamá!

SIMONA.—¿Quién es?

ASIA.—¡El peor! ¡El casero!

SIMONA.—¡Dios mío!

ASIA.—¿Le abro?

SIMONA.—¡En canal! (*Otro campanillazo.*)

ASIA.—Va a dejarnos sin campanilla.

SIMONA.—¡De lo suyo rompe! Ya se marchará cuando crea que no hay nadie.

ASIA.—El portero le habrá dicho que estamos en casa.

SIMONA.—Es verdad, abre. Lo mejor es afrontar la situación.

ASIA.—¡Allá van, allá van!

SIMONA.—¡Qué sofocos, Dios mío, qué sofocos!

DICHAS, DON AQUILINO, QUE ES MUY COJO

ASIA.—Pase usted adelante.

AQUILINO.—Buenas tardes, señora...

SIMONA.—Beso a usted la mano. Perdone usted que le reciba así, como quien dice, en paños menores...

AQUILINO.—No tanto, señora, no tanto. Yo soy quien debe pedir que le dispensen por venir a estas horas. ¿Estarían ustedes durmiendo la siesta?

SIMONA.—Sí, señor; pero no importa. Usted viene a su casa.

AQUILINO.—Ya lo sé, ya lo sé.

SIMONA.—Tome usted asiento.

AQUILINO.—Gracias.

SIMONA.—Niña, cógele el sombrero y el quitasol... ¿Quiere usted un abanico?

AQUILINO.—No, muchas gracias... Pues yo vengo a lo que supondrá usted.

SIMONA.—Sí, me lo figuro.

AQUILINO.—Ha corrido el mes de fianza, ha corrido el mes adelantado...

SIMONA.—Si corre que es una atrocidad...

AQUILINO.—Por eso hay que atajarlos: yo, lo siento muchísimo, muchísimo; pero no puedo esperar más tiempo... Me veo en la triste necesidad de desahuciarla a usted.

SIMONA.—¡Desahuciarme!

AQUILINO.—O ejecutarla.
ASIA.—(Esto es horrendo.)
SIMONA.—Pero por una cantidad tan insignificante...
AQUILINO.—Es verdad; este cuarto está muy barato. Ahora lo subiré.
ASIA.—¡Más todavía!
SIMONA.—Afortunadamente, yo espero que pueda evitarse todo...
AQUILINO.—Usted dirá de qué manera.
SIMONA.—Ya sabrá usted que mi niña es escritora.
AQUILINO.—Sí, ya lo sé...
SIMONA.—Autora de un tomo de poesías muy popular, que se ve por todas partes...
ASIA.—¡Ay! Por todas.
SIMONA.—Se titula "¡Ayes y suspiros!"
AQUILINO.—¡Ay, qué triste!
SIMONA.—Le da por ahí. Todo lo ve por el lado serio. Hasta las cosas más vulgares las poetiza. Hace pocos días escribió un soneto, ¿a qué dirá usted?
AQUILINO.—¡Qué sé yo!
SIMONA.—Al botijo. Recítaselo al señor...
AQUILINO.—(¡Caracoles!)
ASIA.—No lo sé de memoria, ya lo leerá usted en el "Madrid Cómico" o en el "Blanco y Negro".
SIMONA.—O en "El tío Jindama", porque lo ha enviado a varios periódicos... Es una facilidad pasmosa la que tiene para hacer versos.
AQUILINO.—¿Sí, eh?
SIMONA.—Si quiere usted oirla improvisar déla usted un pie...
AQUILINO.—Señora, saldrían versos de pie quebrado... (*Mostrando la pierna coja.*)
SIMONA.—¡Ay! No me había hecho cargo... usted dispense... (*Muy aturdida.*)
AQUILINO.—No hay de qué: yo soy de los que no se molestan cuando se alude a su defecto físico. Me burlo antes de que lo hagan los demás...
SIMONA.—Por Dios, pero si usted apenas...
AQUILINO.—¡Sí; apenas! Pero no importa; porque así no pueden llamarme hipócrita; cualquiera sabe de qué pie cojeo y nadie puede criticarme si ando en malos pasos. ¡Jé, jé! (*Asia y doña Simona se ríen también forzadamente, quedando de pronto muy serias.*)
ASIA.—(Es un cínico.)
SIMONA.—(Sí; tiene algo de bicho.)

AQUILINO.—Conque, volvamos a nuestro asunto.

SIMONA.—Sí, señor, sí, decía a usted que todo puede arreglarse, porque mi niña ha mandado a Barcelona otro tomo de poesías, ¿sabe usted?

AQUILINO.—No lo sabía.

ASIA.—(Ni yo tampoco.)

SIMONA.—Y el editor que va a publicárselo, remitirá dinero de un momento a otro... De modo que si usted tiene la bondad de darnos unos días de respiro...

AQUILINO.—¿Respiro? ¡Con este calor! ¡Imposible! (*Muy sonriente.*)

ASIA.—(Este hombre es una daga florentina.)

AQUILINO.—Si mañana mismo no cobro las dos mensualidades, yo, sintiéndolo con toda mi alma, me veré precisado a embargar los muebles... y a despedir a ustedes de la casa.

ASIA.—(¡Nos pone en el arroyo, como mi libro!)

SIMONA.—¿Pero no hay medio de evitar eso?...

AQUILINO.—Sin pagar no veo ninguno: es decir, uno hay. Si ustedes me presentan un fiador que tenga suficiente garantía...

SIMONA.—¡Un fiador! (¡Qué idea!) Lo tengo...

AQUILINO.—Usted dirá quién es.

SIMONA.—El novio de la niña.

ASIA.—¡Mamá!

SIMONA.—No creo que se niegue a hacernos el primer favor que le pedimos. Las circunstancias se imponen... yo siento recurrir a él; pero...

AQUILINO.—Eso no tiene nada de particular. Sepamos quién es.

SIMONA.—El hijo de un hombre político muy importante, ex ministro, a quien usted conoce seguramente: don Simón Pérez de la Lata.

AQUILINO.—¡Ah! ¡Serafín! ¡Serafinito!

SIMONA.—¿Le conoce usted?

AQUILINO.—¡Mucho!

SIMONA.—Tiene dinero...

AQUILINO.—Sí que lo tiene...

ASIA.—(¡Lo ves, mamá!)

SIMONA.—(Ya lo decía yo.)

AQUILINO.—Lo tiene, sí: como que se lo he dado yo mismo, ayer precisamente.

SIMONA y ASIA.—¡Usted!

AQUILINO.—Cuatro mil pesetas.

SIMONA.—Pero, ¿cómo?

AQUILINO.—Con un interés muy módico, dadas las circunstancias.

SIMONA.—¡Ah! ¿Pero usted se dedica?...

AQUILINO.—Sí, señora; no hay otro remedio... Las casas no producen más que disgustos... Hay muchos inquilinos sin vergüenza... Lo digo sin ánimo de ofender...

ASIA.—¿Pero Serafín tiene que recurrir a?...

AQUILINO.—A lo que todos los jóvenes, cuyos padres son un poco tacaños. Don Simón no piensa más que en la política; el muchacho tiene las expansiones propias de su edad, y gracias a su abuelita, que me lleva hechos efectivos tres pagarés...

SIMONA.—De modo que la abuela...

AQUILINO.—Es riquísima.

SIMONA.—Pues, nada, cuente usted con su firma.

AQUILINO.—¿La firma de la abuela?

SIMONA.—No, la del nieto.

AQUILINO.—¡Ah! Esa no me sirve.

SIMONA.—Pues no dice usted...

AQUILINO.—Es preferible que le pida usted prestado el dinero; para él eso es una bicoca... y la complacerá, seguramente. Es generoso... sabe gastar, sabe gastar... Me consta.

SIMONA.—Pero comprenda usted que mi delicadeza...

ASIA.— Nuestra delicadeza.

AQUILINO.—Señora, siendo las relaciones formales...

SIMONA.—¡Oh, eso sí!

AQUILINO.—Pues entonces no hay más que hablar. (*Levantándose.*) Vaya, celebro tanto que se haya encontrado esta solución satisfactoria para ustedes y para mí. Y a usted, señorita, la felicito por su acertadísima elección. Serafín es joven que me vale mucho; digo, que vale mucho. Tiene un porvenir brillantísimo... figúrense ustedes con ese padre y con esa abuela... Conque hasta mañana, que volveré a estas horas. Estoy a los pies de ustedes. ¡Hasta mañana! (*Despidiéndose como si amenazara de una manera cómica.*)

DOÑA SIMONA y ASIA

ASIA.—¡Fatal, tremendo, perentorio plazo!

SIMONA.—¿Lo ves?, no extrañarás que me decida. ¡No queda más recurso que el sablazo!

ASIA.—¡Oh, qué horrible es la prosa de la vida! (*Vase cada una por una puerta. Para no hacerse la mutación a*

la vista del público, debe caer un telón supletorio en el cual se halle pintada una alegoría que represente la "apoteosis" del botijo. En letras muy gordas estará escrito lo siguiente:)

AL BOTIJO

SONETO

Desprecio del Japón o de la China
el grandioso Tibor de porcelana,
el vaso etrusco, el ánfora romana,
y la tinaja griega o damasquina.

Te canto a ti, que el agua cristalina
sabes frigorizar sin pompa vana,
expuesto en el balcón o la ventana
a los besos del aura vespertina.

Cuando mi boca en ti, bello cacharro,
busca ardorosa el abundante chorro
y con mis manos cálidas te agarro,

Siempre encuentro propicio a mi socorro
el caudal que refrescas en tu barro
y que brota sutil por tu pitorro.

Asia López

CUADRO SEGUNDO

Jardines de Recoletos. A la izquierda el aguaducho de Pepa con veladores, sillas, taburetes, etc.—A la derecha un banco de hierro en segundo término. Farol de alumbrado público cerca del banco

Niñeras, amas de cría y niños. Pepa y Lorenzo sentados junto al puesto del agua

MÚSICA

NIÑAS.—*(Jugando al corro.)*
Tanto vestido blanco,
tanta parola,
y el puchero a la lumbre
con agua sola.
Arrión, tira del cordón,
cordón de la Italia,
¿dónde irás amor mío
que yo no vaya?

NIÑERAS.—Las señoras nos mandan
a Recoletos con los "bebés",
pa que tomen el fresco
por los jardines, ¡arza y olé!
Nos encargan que vayamos
siempre detrás,
y que no nos separemos
de ellos jamás;
pero si nos habla un tipo
de esos que nos hacen "tilín",
¡vaya si se quedan solas
las criaturitas al fin!

NIÑAS.—¿Quién dirá que la carbonerita?...
etc., etc.

NODRIZAS.—Nos llaman amas y es lo cierto,
quien lo inventó tuvo talento;
pues ya es sabido y no de ahora,
que quien nos sirve es la señora.
¡Cuándo me iré
a mi lugar,
que el farruco me manda llamar!
¿Cuándo será?
¿Cuándo me iré?
¡Qué ganillas le tengo de ver!
Cuando el rapaz a media noche
se "enrabia" y llora sin cesar,
nosotras no nos despertamos,
si no nos vienen a llamar.
¡Cuándo me iré!...
etc., etc.

NIÑAS.—Tanto vestido blanco,
tanta parola...
etc., etc.

NIÑERAS Y NODRIZAS.—(*Llevándose a los niños.*)
Vámonos hacia casa,
porque ya es hora,
y me temo el regaño
de la señora. (*Vanse.*)

PEPA y LORENZO. La señá TOMASA

HABLADO

LORENZO.—¡Valiente víspera de mi santo!
PEPA.—¡Y qué vamos a hacerle, si las cosas vienen así!

LORENZO.—¡Ni siquiera poder uno alquilar una manuela pa irse con cuatro amigos a refrescar por ahí y a beber unas tintas! ¡En la vida me ha pasao!

PEPA.—Pues, hijo, fastidiarse, que lo mismo me sucede a mí. Es la primera vez que he dejado yo de ir a la verbena de San Lorenzo.

LORENZO.—Por eso no llores, que te llevaré a dar una vuelta cuando cierres el puesto.

PEPA.—¿Tú piensas que estoy loca? ¡Pa que se entere todo el barrio de que tengo empeñao el mantón de Manila! Vamos, hombre, que te se quite de la cabeza.

LORENZO.—¡Malditas sean las circunstancias! Dame otra copita del de guindas.

PEPA.—*(Sirviéndole la copa.)* Pasao mañana hay que entregarle a don Aquilino los veinte duros si no queremos que nos embargue el puesto...

LORENZO.—Ya lo sé, mujer, ya lo sé.

PEPA.—Y como no te adelanten algo de lo de las corridas de Andújar, no sé cómo vamos a arreglarnos.

LORENZO.—Por lo menos me prestarán pa desempeñar los trajes, y sacaré sólo la chaqueta granate y la verde... Además tengo que comprarme una mona, porque la que tengo está muy resentida desde el porrazo de Calatayuz.

PEPA.—Monas no han de faltarte.

LORENZO.—Todo se arreglará, mujer. Me parece a mí que el "Recortes" contará conmigo pa las ferias de Motril y de Utrera...

PEPA.—Desengáñate, mientras no pertenezgas a una cuadrilla decente no saldremos de apuros... Luego tú gastas demasiao; no sabes ceñirte a lo que hay, te gusta ir muy compuesto y pintarla en la calle de Sevilla...

LORENZO.—*(Levantándose.)* Pues con más modestia... no sé. Ni una joya, ni unos brillantes en la pechera, ni una sortija, ni ná... Como no quieras que vaya por ahí enseñando la vida privada...

PEPA.—Ya estás bueno tú. *(Al ver que le devuelve la copa vacía.)* ¿De cuál le quieres ahora, de guindas o sin guindas?

LORENZO.—De lo que tú me lo des, sol mío.

PEPA.—*(Yendo a llenar la copa, que le da luego.)* Eso sí, chicoleos no me faltan nunca; mucha boquilla, y luego haces lo que te da la gana... Veremos hoy, si viene ese hombre, cómo te portas.

LORENZO.—¿Que si viene? ¡Ya lo creo! Debe estar al

caer, y le he citao aquí pa que veas que no me muerdo la lengua. ¡Y esa mujer no vuelve a molestarte o dejo yo de ser quien soy!

PEPA.—Te juro que como parezca por aquí... (*Con aire amenazador.*)

LORENZO.—No te amontones, que todo se arreglará: al fin y al cabo ella se hará cargo de la razón que tiés pa esa exigencia...

PEPA.—Ella no se hace cargo de nada; no la defiendas, porque si la defiendes va a ser peor.

LORENZO.—¡Pero chica! ¿Todavía te se ocurre tener celos?

PEPA.—Algunas veces no dejas de darme motivos.

LORENZO.—Mira, no vayamos a ese terreno, porque entonces pué que tenga yo también que decir algo.

PEPA.—¿Tú de mí? ¿Pues hay en el mundo un hombre que pueda estar más seguro que tú del cariño de una mujer? ¿Hay en mi puesto belenes y líos como en otros? ¿No me llaman Pepa la seria, porque no le pongo a nadie buena cara? ¿Tiene alguien algo que decir de mí? ¡Contesta, arrastrao! Demasiado sabes tú que pa ti es todo, todo, y pa los demás... ni agua.

LORENZO.—No digas eso, que eres aguadora.

PEPA.—Bueno, pues pa los demás agua... y azucarillos.

LORENZO.—¿Y también pa el sietemesino que viene todas las noches con esa mamá y esa niña de confitería?

PEPA.—¿Quién? ¿El señorito Serafín? ¡Vamos, hombre!...

LORENZO.—Te digo que anoche mismo vi que, después de dejarlas a ellas, volvió y estuvo hablando contigo en voz muy baja, y yo os estuve mirando desde detrás de aquellos árboles, y no te dije nada porque no quise armar un escándalo hasta estar bien seguro; pero si ese señorito vuelve a hablar contigo como anoche, va a salir por encima del aguaducho...

PEPA.—Pué que salga; pero no porque tú lo eches, sino porque le haga yo saltar...

LORENZO.—¿Lo ves, lo ves cómo hay algo? Si a mí no se me escapa... (*Devolviéndola la copa vacía, que deja en el puesto.*)

PEPA.—Oye lo que hay. Ese joven, que es hijo de un señorón que ha sido ministro y tiene mucho dinero, es novio de esa señorita, una cursi romántica, que está chalá por él. La mamá, que por lo visto quiere pescarle, hace

lo que todas las mamás que vienen por aquí, se queda dormida, al parecer, y pa que los chicos tengan su miaja de palique; pero está con cada ojo... así. El se conoce que se ha convencido de que no va a conseguir ná de lo que busca, ¿comprendes? y ha pensao... Vamos, una barbaridá. (*Riéndose.*) Y de eso me hablaba anoche.

LORENZO.—¿Y qué es lo que ha pensao?

PEPA.—Pues verás. Como a la mamá y a la niña les pasea por la Castellana arriba y abajo en un coche abierto y la mamá vuelve a dormirse allí... sin cerrar el ojo... él ha pensao hacer que una noche se duerma de veras... y llevarse a la chica.

LORENZO.—¿Cómo, cómo?

PEPA.—Pues dándole a la mamá una cosa de la botica, que hace dormir...

LORENZO.—¿Un herpético?

PEPA.—Eso creo que es. Lo traía en un papelito y me dijo que si yo me atrevía a dárselo a la mamá en un merengue...

LORENZO.—¡Vaya con el señorito!

PEPA.—Te digo que es de oro y brillantes. Y por hacer eso... me ofreció un billete de cien pesetas...

LORENZO.—¡Veinte duros!

PEPA.—¡Eso, cuatrocientos reales!

LORENZO.—¿Pues sabes tú que ya es ofrecer?

PEPA.—No le eché de aquí con cajas destemplás por no perder un parroquiano que hace bastante gasto todas las noches...

LORENZO.—Pero, oye, tú, oye...

PEPA.—¿Serías capaz de aconsejarme que hiciera eso? Si lo supiera no volvería a mirarte a la cara.

LORENZO.—Y harías muy bien; pero oye... oye... Tú ya sabes que entre las aguadoras hay de tóo...

PEPA.—¡Ya lo creo que hay!

LORENZO.—Y no faltará alguna que por ese dinero, u por menos quizá, haga lo que quiere ese señorito, y tú te quedas sin el parroquiano y sin los veinte duros... que venían que ni pintaos pa don Aquilino.

PEPA.—Que no quiero ni hablar de eso, vamos. (*Se va al puesto. Lorenzo se levanta, acércase a ella y hablan mientras pasa la escena siguiente.*)

LORENZO.—Pero oye, mujer...

DICHOS, SEÑORITA primera y segunda, SEÑORITOS primero y segundo, y una MAMA

SEÑORITO 1.º—¡Ay, Petronila de mi corazón!
SEÑORITA 1.ª—¡Ay, Ursicino de mi vida!
SEÑORITO 2.º—¿Me quieres mucho, de veras, de veras?
SEÑORITA 2.ª—¡Con toda mi alma!
SEÑORITO 1.º—¡Dímelo otra vez!
SEÑORITA 1.ª—Si ya lo sabes.
SEÑORITA 2.ª—Esperad un poco, que mamá se ha quedado muy atrás.
SEÑORITO 2.º—¡Cuándo estaremos solos!
SEÑORITA 2.ª—¡No digas eso!
MAMA.—¡Petronila! ¡Milagros!
SEÑORITA 1.ª—Aquí estamos, mamá.
MAMA.—Por Dios, vayan ustedes más despacio, porque yo estoy sofocadísima. (*Abanicándose.*)
SEÑORITA 1.ª—Podíamos sentarnos en el puesto del agua.
MAMA.—Me parece bien.
SEÑORITO 1.º—(*Muy rápido.*) De ningún modo; está usted muy sofocada y no la conviene pararse ahora.
SEÑORITA 2.ª—Es verdad, sigamos.
MAMA.—Se conoce que con esta moda de no llevar chaleco, el poco dinero que tienen se lo dejan en casa. ¡Válgame Dios! No vayan ustedes tan de prisa. (*Vase abanicándose.*)
LORENZO Y PEPA, que se ríe a carcajadas.
LORENZO.—¿Te parece bien?
PEPA.—(*Riendo a carcajadas.*) ¡Ya lo creo que me parece!
LORENZO.—¡Pues no era primada perder esos cuatrocientos reales... y ahora que nos hacen tanta falta!...
PEPA.—Por allí viene.
LORENZO.—Déjamelo a mí. Vete al puesto de la Paca, y yo te llamaré. ¡Anda pronto!

LORENZO y luego SERAFIN

LORENZO.—Al señorito este le saco yo hasta las entretelas de la americana.
SERAFIN.—(*Que se acerca al puesto.*) ¡Pepa! ¡Pepita! ¡No está!
LORENZO.—No, señor; pero estoy yo, que es lo mismo.
SERAFIN.—(¿Qué ha de ser lo mismo?)

LORENZO.—Pepa volverá pronto, y en el entretanto tenemos que hablar dos palabritos usté y yo.

SERAFIN.—(¿Qué será esto) Usted dirá.

LORENZO.—Ya sé por Pepa quién es usté, señorito don Angel.

SERAFIN.—Serafín

LORENZO.—Bueno; lo mismo da ángeles que serafines.

SERAFIN.—(Sospecho que este hombre está de guasita.)

LORENZO.—Pues yo... no soy amigo de andar con rodeos... y le diré a usté las cosas muy claras. Pepa es mi señora, ¿sabe usté?

SERAFIN.—¡Ah, ya!

LORENZO.—Y no me oculta nada.

SERAFIN.—Es natural; siendo su señora.

LORENZO.—¡Je, je! ¡Pillín! Y me ha dicho lo del merengue...

SERAFIN.—(¡Caracoles!) ¿Cómo?

LORENZO.—Pues... contándome la proposición de usté... que me ha hecho mucha gracia; pero mucha. (*Riendo.*)

SERAFIN.—¿Sí, eh?

LORENZO.—Pero muchísima.

SERAFIN.—(¡Las mujeres lo charlan todo!)

LORENZO.—Y yo la he convencido de que era una simpleza el negarse a ayudarle a usté en esa calaveradilla.

SERAFIN.—¿De veras?

LORENZO.—Ella tomó la cosa por lo serio, temiendo que podría haber algún peligro pa la señora...

SERAFIN.—¡Quiá, hombre!

LORENZO.—Eso la he dicho yo.

SERAFIN.—¡Es un poco de opio, ni más ni menos!

LORENZO.—Vamos, que la piensa usté dar el opio...

SERAFIN.—¡Je, je! Eso es.

LORENZO.—¿Y lo trae usté ahí?

SERAFIN.—Sí, señor...

LORENZO.—Pues venga el papelito y esta noche... le hacemos a usté feliz.

SERAFIN.—(¡Qué campechano es el chulapón este!)

LORENZO.—Pepa está ya bien enterada de lo que ha de hacer... y no hay más que hablar. Conque... ¡deme usté esas doscientas pesetas!

SERAFIN.—No; ciento.

LORENZO.—Pepa me dijo que la ofreció usté cuarenta duros.

SERAFIN.—Me ha entendido mal, veinte.

LORENZO.—Cuarenta. (*Gritando y poniéndole delante de los ojos el bastón.*)

SERAFIN.—¡Chist! No grite usted. (¡Y qué garrote gasta el tío!)

LORENZO.—Es que cuando los hombres dicen una cosa, y son hombres...

SERAFIN.—(¡Ay, en qué lío me ha metido esa Pepa!)

LORENZO.—Y son hombres... (*Levantando más el bastón.*)

SERAFIN.—Baje usted la voz... y el bastón, que no necesita enterarse nadie. Daré las doscientas pesetas. Si a mí no me duele el dinero...

LORENZO.—A mí tampoco me duele.

SERAFIN.—Comprendo que los caprichos... hay que pagarlos.

LORENZO.—Naturalmente.

SERAFIN.—Y yo estoy loco por esa muchacha... ¿Usted la conoce?

LORENZO.—Aquí la he visto algunas noches; ¡es barbiana!

SERAFIN.—¡Un encanto! ¡Romántica, ideal! Soñando con aventuras extraordinarias. Y yo he dicho... pues con ésta hay que tomar las cosas por lo novelesco. Porque a las mujeres hay que conocerlas, y para conquistar a cada una es preciso emplear un método distinto.

LORENZO.—Usté tiene mucho quinqué.

SERAFIN.—¿Quinqué? ¡Una lampistería!

LORENZO.—(*Riéndose como si le hiciese mucha gracia.*) ¡Je, je; lampistería! (*Transición.*) ¡Nada; pues... a ello!

SERAFIN.—Ya tengo prevenido el coche y todo lo necesario... Por eso venía, para hablar con Pepa y ver si lograba convencerla...

LORENZO.—Está lograo. Venga el papelito... y la guita. Pepa espera a que yo la llame...

SERAFIN.—Pues tome usted. (*Sacando de la cartera dos billetes y un papelito.*) Y puedo asegurarle para su tranquilidad, que esto no puede producir a la mamá otro efecto que un sueñecillo agradable...

LORENZO.—Naturalmente, hombre... ¡Pepa! (*Gritando al oído de Serafín, que se asusta.*) ¡Pepa! (Este joven se ha caído de un nido.)

SERAFIN.—(Caro me cuesta, pero no hay más remedio.)

DICHOS y PEPA

PEPA.—¡Buenas noches, señorito Serafín!...

SERAFIN.—¡Hola, Pepa!

LORENZO.—Ya está todo arreglao.

SERAFIN.—(*Mirando hacia la derecha.*) ¡Me parece que pasea por allí mi papá con su corte de políticos! ¿Es él?

PEPA.—Sí, señor.

SERAFIN.—No quiero que me vea... Volveré después... Este te explicará... Hasta luego. (*Vase por la izquierda.*)

DICHOS, menos SERAFIN

LORENZO.—¡Es un lila de cuerpo entero!... Ahí tienes el papelito y ... el billete de cien pesetas. Tómalo; no creas que yo lo quería pa mí... Ya pués pagar a don Aquilino. ¡Así me porto yo!

PEPA.—Mira quién viene allí; veremos cómo te portas con ése.

LORENZO.—¿Con ése? Como con todas las personas; ahora lo verás.

DICHOS y VICENTE

VICENTE Buenas noches.
LORENZO Buenas noches.
VICENTE Téngalas usted muy buenas.
(*A Pepa, que está de frente a él y se vuelve al oírle.*)
Podía usté no volverse
y contestar tan siquiera,
y tener educación...
LORENZO No empieces con indireztas;
tengamos la fiesta en paz,
y no te metas con ésta.
VICENTE Bueno.
LORENZO Si yo te he citao,
ha sido pa que por buenas
nos entendamos, si quieres,
y se acaben las reyertas,
y no andemos en disgustos
que puén traer consecuencias.
VICENTE Pues tú dirás.
LORENZO Sí que digo.
¿Quiés tomar algo?
VICENTE Se aprecia.
Pero no es esta ocasión
de que andemos con finezas.

LORENZO Pues habla.

VICENTE Ya a ti te costa
que nos quisimos yo y ésa
aunque nuestras relaciones
fueron decentes y honestas...

LORENZO Lo que es ella así lo dice.

VICENTE Y digo lo mismo que ella.

LORENZO Y yo lo creo.

VICENTE Después
de dos años de tenerlas
nos cansamos ésa y yo,
y pa ahorrarnos más peleas,
ella y yo dijimos: Basta;
esto se acabó y "requiescan".

LORENZO ¡Ni que sus hubiérais muerto!

VICENTE Pa mí no pué estar más muerta.

PEPA.—(*Acercándose a ellos.*)
Pues tú ya pa mí difunto
y putrefazto.

VICENTE ¿Te enteras?

LORENZO.—(*Empujando hacia el puesto a Pepa, que se sienta junto al velador más próximo.*)
Dejarse de cosas tristes.

VICENTE Lo digo al tanto de que ésa
y yo, como si en jamás...
¡y te lo juro por éstas!

LORENZO Y yo lo creo.

VICENTE Después
me entendí con la Manuela,
y como las dos habían
sido amigas, ¡cosas de ellas!
hablaron de mí y dijeron...

LORENZO Ya lo sé, cosas muy feas.

VICENTE Y yo a Manuela la dije:
Mira, como hables con Pepa,
te voy a poner el cuerpo
lo mismo que una jalea.

PEPA.—(*Viniendo como antes.*)
Entonces, ¿por qué me buscas?

LORENZO Tú te callas y nos dejas.
(*La empuja y Pepa se va.*)
Sigue.
(*Llevándosela más lejos del puesto.*)

VICENTE — Como tú y la otra,
cuando yo hablaba con Pepa,
sus entedíais también,
resulta que saben ellas
muchas interioridades
que no debían saberlas.

LORENZO — Aquí es lo peor de todo
que a ti te se va la lengua
con mucha facilidaz,
y dices cosas que afeztan
al individuo y ofenden,
u, si se quiere, molestan.

VICENTE — ¿Yo?

LORENZO — Tú. ¿Por qué cierto día
que te encontraste con ésta
la dijiste: "No te fíes
de la gente de coleta?"

VICENTE — Yo la hablaba de los chinos.

LORENZO — ¡Ya!

VICENTE — Pues si vamos a esas,
yo sé que un día también
le dijiste a la Manuela
que si yo contaba o no
con medios pa sostenerla,
y que ella valía mucho
y yo era un cero a la izquierda.
¿Es verdaz o no es verdaz?

LORENZO — Pué que sí que lo dijera;
pero tú en cambio, de mí
hablas siempre que se tercia,
nombrándome por el mote,
sabiendo que me revienta,
porque es un alias muy feo
y yo no lo aguanto, ¡ea!
¡Llamarme a mí "Sabañón"!
¡Una cosa tan pequeña!...

VICENTE — Como no picabas más
que en invierno...

LORENZO — Aunque así sea,
ese no es mote decente,
y sabes que a las empresas
no las consiento ponerlo
en los carteles.

VICENTE — Disp nsa,
hombre; no es pa que te pongas

conmigo de esa manera.
Como un torero sin mote
paece que no es cosa seria...

LORENZO Ya tengo el otro.

VICENTE ¿Cuál otro?

LORENZO El que me ha puesto la prensa
taurina, que suena más.

VICENTE ¿Cuál?

LORENZO Alias, "Poca vergüenza"

VICENTE ¿Te gusta ése? Pues andando.
¿Y esas son todas las quejas
que tienes de mí?

LORENZO ¡Me paece!

VICENTE Pues todo eso son pamemas.
¿Sabes lo que yo te digo?
Pues que lo que quieren ellas
es que nosotros un día
nos enzarcemos de veras.
¿Tú quiés darlas ese gusto?
¿Tú quiés verte en las salesas?

LORENZO ¡Yo, no!

VICENTE Pues entonces haz
lo que yo, cállate y déjalas.
Ya sufre uno lo bastante
pasando esta vida perra.
(Pausa)

LORENZO Y tú, ¿qué te haces ahora?

VICENTE Pues... ganando una miseria
de mozo, ahí en una casa
de la calle de las Huertas,
donde han puesto una partida...

LORENZO ¿Partida? ¿Pero se juega?

VICENTE ¡Anda! Tú estás en el Limbo...
Y allí va gente muy buena.
"El Tripas" ganó anteanoche
diez mil reales.

LORENZO ¿Es de veras

VICENTE Si hay una banca muy fuerte...

LORENZO Calla, y no me comprometas.
(Con muchísimo agrado.)

VICENTE Hombre, no soy ningún gancho,
tú pués hacer lo que quieras,
que ya eres mayor de edaz.

LORENZO Si es que tengo cien pesetas
y necesito otras tantas...

VICENTE Pues anda y si quieres prueba...
¿Que pierdes, dos o tres duros
o cuatro u cinco? Lo dejas.
¿Que ganamos? Pues seguimos
jugando hasta que se tuerza.
LORENZO Pero... a estas horas las casas
de empeño no están abiertas,
y mi principal ojezto
era sacar una prenda.
VICENTE Yo la saco a cualquier hora.
Anda.
LORENZO ¿Y qué la digo a ésa?
VICENTE Pues dile... que te he jurao
que no vuelve la Manuela
por aquí.
LORENZO Pero, ¿y si vuelve?
VICENTE Hombre, yo haré que no vuelva.
LORENZO Miá que si viene hay la gorda,
miá que yo conozco a Pepa...
VICENTE Tú no seas "pisimista".
LORENZO ¿Y qué es eso?
(*Muy ofendido.*)
VICENTE No te ofendas.
"Pisimista" es el que ve
todas las cosas muy negras,
y "otimista" el que las ve
de color de rosa.
LORENZO.—(*Quitándose el sombrero.*)
¡Aprieta!
¡No sabes tú poco!
VICENTE Psss...
Trato con mucha franqueza
a un "gurrupier", que ya es viejo
y ha sido hombre de carrera
y habla que da gusto oirle,
y ¡claro! algo me se pega.
Conque... Ahora está entretenida.
(*Por Pepa, que está detrás del aguaducho.*)
Vámonos sin que nos vea.
LORENZO Casi que tienes razón...
VICENTE ¡Claro! Si estamos de buenas
y "ganamos", esta noche...
LORENZO.—(*Cogiéndole del brazo. En voz muy baja.*)
Correremos la gran juerga.
(*Vanse por la derecha recatándose y sigilosamente.*)

PEPA sola

(*Sorprendida.*)

¡Se han marchao! ¿Dónde habrán ido?
Ese Lorenzo... ¡Dios quiera!
A ver si los dos se enzarzan...
¡Porque como son dos fieras!...

PEPA y MANUELA

MANUELA.—(*Que sale por el foro izquierda.*)
¡Fría como la nieve!
De la fuente del Berro, ¿quién la bebe?

PEPA ¡Adiós! Ya está aquí ésta;
pues hoy no tengo yo ganas de fiesta.

MANUELA.—(*Acercándose al puesto y parándose luego junto a él.*)
¿Quién la quiere? ¡Fresquita!

PEPA.—¡Ay, qué barbaridar, y cómo grita!

MANUELA Si grito es porque puedo: la que canta
es porque no le duele la garganta.
No soy como otras yo, que lo hacen todo
a la chitacallando y a su modo.

PEPA Es verdaz, yo no grito;
digo todas las cosas muy bajito.
Eso prueba lo bien que me conoces,
soy enemiga yo de hablar a voces.

MANUELA ¡Pues yo sí grito, hasta quedarme ronca!

PEPA ¿Tú quieres, por lo visto, que haya bronca?

MANUELA ¡Ay! ¡Me es indiferente!
(*Pregonando con más fuerza y casi al oído de Pepa.*)
¡Agua y azucarillos y aguardiente!

PEPA Oye, Manuela, apártate del puesto
y sigue tu camino.

MANUELA ¿Te molesto?

PEPA Sabes muy bien, pues "sus" lo dicen antes,
que a "toas" las aguadoras ambulantes
"sus" está prohibido
pasar por donde hay puesto establecido.

MANUELA ¡Con lo que sale ahora!
Pues yo no vengo aquí como aguadora.
(*Dejando la vasera sobre el banco.*)
Ya dejé la vasera;
Ya soy una señora cualisquiera

y como cualisquiera parroquiana
me siento aquí porque me da la gana.

(*Se sienta en un taburete.*)

Ya ves tú si es sencillo.

(*Dando unas palmadas.*)

¡Un vaso de agua con azucarillo!

PEPA Manuela, mira bien lo que me dices,
que se me van hinchando las narices.

MANUELA Pus úntate colcrén u lo que sea,
porque no sabes eso lo que afea.

PEPA ¡Servirte yo!

MANUELA.—(*Levantándose.*) Tienes razón sobrada
que a mí tú no me sirves... para nada.

PEPA Ya sabes tú que en todos los terrenos
valgo cien veces más; tendría a menos
el armar yo contigo una disputa.

MANUELA ¡Pues hija, ni que fueras la Canuta!

PEPA Yo soy quien soy, y tu eres... lo que eres.
Y mira tú, si quieres,
ya que vienes a hacerme estas visitas,
que nos digamos cuatro palabritas,
bien sabes dónde vivo,
veste a casa, verás si te recibo;
u bien yo iré a buscarte
y nos iremos a cualquiera parte,
pero aquí junto al puesto y con la gente,
por fuerza he de aguantarme aunque reviente.
Yo tengo que perder.

MANUELA ¿Tú? ¡Quiá! Ni esto.

PEPA Te digo que te apartes de mi puesto.

MANUELA ¡No te das poco pisto!
Estás muy orgullosa por lo visto
porque tu hombre ya pica en el verano
y porque le dan bombo en "El Enano"
y en "El tío Jindama" y en "La Lidia"...

PEPA Eso es lo que tú tienes: mucha envidia.

MANUELA Si yo te lo he cedido buenamente.

PEPA En cuanto él te dejó.

MANUELA Y a ti Vicente.

PEPA Entonces "pata".

MANUELA ¡Claro!

PEPA Y yo te digo:
si ya no tiene ná que ver contigo
¿pa qué hablas de él, y torna y vuelta y dale,

y decir que si vale u si no vale,
que si va y que si viene
y si tiene contrata u no la tiene
(lo cual que al cabo nada significa)
y si pica o no pica?... ¡Pues sí pica!
Y que tengo yo siempre cinco duros
pa que él pueda salir de sus apuros.

MANUELA ¡Caramba! Pues te doy la enhorabuena:
yo hay noches que no saco pa la cena.

PEPA Ni te hace falta. Al ver cómo te portas
te hartará él de "chuletas" y de "tortas".

MANUELA.—(*Yendo hacia ella*) ¿A mí?

PEPA No te sulfures.
Pué dártelas quien menos te figures.

MANUELA ¿Vas a ser tú, hija mía?

PEPA Pues cosas más difíciles habría.

MANUELA ¡No estás poco valiente!

PEPA ¡Porque puedo!
¿Tú te has creído que te tengo miedo?

MANUELA ¡Vaya y cómo te creces!

PEPA ¡Yo valgo más que tú cincuenta veces!
En todas partes hay, pa que lo sepas,
Manuelas de alquiler, pero no Pepas.

MANUELA ¡Maldita sea!

(*Aparecen los guardias.*)

PEPA.—(*Señalándolos a Manuela.*)
(¡Que no hables en voz alta!)

MANUELA (Siempre estos llegan cuando no hacen falta.)

(*En voz bajísima hasta el final de la escena.*)

PEPA (De buena vienen ellos a librarte.)

MANUELA (Cuando no estén, yo volveré a buscarte.)

PEPA (¡Cuando quieras! ¡Ya estoy comó una fragua!)

MANUELA ¡Agua, aguardiente, azucarillos, agua!

(*A grito peladó. Vase.*)

Dichos, menos Manuela.

GUA. 1.° Oye, güena moza:
ahora que no hay gente
despáchanos unas
copas de aguardiente.

GUA. 2.° Mira que si acaso
pasa el ispetor...

GUA. 1.° ¡No pasa, y si pasa,
que pase, mejor!
A los pobres guardias
que están de servicio,

¿por qué han de prohibirles
beber, si no es vicio?
¿Por qué del refresco
nos han de privar,
cuando lo pagamos...
(*Mirando a Pepa, que les ha traído dos copas.*)
si quieren cobrar?

PEPA ¿Agua?

GUA. 1.º Pa los peces.

GUA. 2.º ¿Qué debemos?

PEPA ¡Nada!

GUA. 1.º Estimando, prenda.

GUA. 2.º Es muy resalada.
Aquí en Recoletos
no hay otra mejor...

GUA. 1.º Vamos, por si acaso
pasa el ispetor.

(*Vanse por la izquierda.*)

Dicha, doña Simona y Asia por la derecha

ASIA.—¡Qué hermosa está Febea!

SIMONA.—¿Y quién es Febea?

ASIA.—La luna, mamá.

SIMONA.—Como no llamas a las cosas por su nombre, nunca sabe una de lo que hablas. Mientras tú contemplas los astros, ¿sabes lo que vengo pensando yo?

ASIA.—Lo ignoro.

SIMONA.—Que lo mismo da ponerse la cara colorada por treinta duros que por cuarenta, y que he resuelto pedir prestados a Serafín mil quinientos reales.

ASIA.—Mamá, ¿qué dices?

SIMONA.—Digo mil quinientos reales.

ASIA.—¿Serás capaz?

SIMONA.—Lo que hace falta es que él sea capaz de dármelos. ¡Hola, Pepa!

PEPA.—Buenas noches, señoritas. Me alegro mucho de que vengas ustedes solas.

SIMONA.—¿Pues?

PEPA.—Tengo que hablar reservadamente con ustedes de una cosa muy gorda antes que venga el señorito Serafín.

SIMONA.—Me pone usted en cuidado. ¿Qué es ello?

ASIA.—Hable usted, que me devora la impaciencia.

PEPA.—Oigan ustedes.

Dichas y los Barquilleros. En tanto que éstos cantan, Pepa habla con doña Simona y Asia, que demuestran con sus ademanes la sorpresa que les produce lo que aquélla les cuenta.

MUSICA

BAR. Vivimos en la Ronda
de Embajadores,
al "lao" de la Ribera
de Curtidores.
Pasamos nuestra vida
con los chiquillos,
que son los que consumen
nuestros barquillos.
Cruzamos el Prao,
la plaza Colón
voceando: ¿quién los quiere
tiernecitos,
tostaitos
de canela y de limón?

Las niñeras y los soldaos
por nosotros están "pirraos"
y dan cuartos a los chiquillos
pa que se los jueguen a los barquillos,
y a los ocho u diez u doce
que les damos por favor
se los comen casi siempre
entre la niñera y el gastador.
Cuando viene un señorito
y nos dice: vamos a jugar,
en menos que canta un gallo
la trampa está preprará.
Como están los clavos flojos
y la máquina "desnivelá",
por más que se vuelva mico,
"que ni pa Dios" que nos pué ganar.

UNO. ¡Sería un pueblo!

OTRO. ¡U dos u tres!

LOS 4. Que un silbante ganar quisiera
a los barquilleros de Lavapiés.

BAR. 1.° Yo me voy a las Vistillas.
(*Cargando con el bombo.*)

BAR. 2.º Yo a la Puerta de Alcalá.
(*Idem.*)
BAR. 3.º Yo me quedo en Recoletos.
BAR. 4.º Yo a la plaza "la Cebá".
(*Marchando marcialmente.*)
LOS 4. ¡Ar! ¡Una!
¡Ar! ¡Dos!
(*Despidiéndose unos de otros.*)
¡Adiós! (*Vanse.*)

Dichas, menos los Barquilleros.

HABLADO

ASIA.—¡Ay, no puedo más!

PEPA.—¡Se ha desmayado!

SIMONA.—¡Agua! (*Pepa trae agua del puesto.*) ¡Pobre hija mía! (*Abanicándola.*) ¡El desengaño ha sido horrible! ¡Qué hombre tan pillo!

PEPA.—Beba usted, señorita.

SIMONA.—¡Hija mía, vuelve en sí, por Dios, vuelve en sí!

ASIA.—Se dice vuelve en ti, mamá.

SIMONA.—Bueno el caso es que vuelvas.

ASIA.—¡Qué desgraciada soy!

PEPA.—¿Y están ustedes decididas?...

SIMONA.—A todo, incluso a matarle en cuanto le vea.

PEPA.—Eso no; hay que disimular, que no sospeche nada.

SIMONA.—¿Ves qué bribón?

ASIA.—¡Qué pérfido!

SIMONA.—¡Y yo que confiaba en él para que nos sacase del apuro!

ASIA.—Afortunadamente hemos sabido lo que es antes de pedirle el dinero.

SIMONA.—No, hija, desgraciadamente.

PEPA.—¡Por allí viene!

SIMONA.—¡Los merengues a escape!

PEPA.—Volando. (*Los sirve.*)

SIMONA.—Figuraré que he comido ya algunos... Hija mía, está con él más amorosa que nunca.

Dichas y Serafín por la izquierda

SERAFIN.—Señora, buenas noches, ¿cómo va?

SIMONA.—Bien, ¿y usted, Serafinito?

SERAFIN.—Bien, gracias. ¿Y usted, Asita?
ASIA.—Bien, muchas gracias.
SERAFIN.—(*Aparte a Pepa.*) ¿Qué hay?
PEPA.—(Ya se lo tragó.) (*Rapidísimo aparte.*)
SERAFIN.—(¿Hace mucho?)
PEPA.—(Ahora mismo.)
SERAFIN.—¿Qué nochecita, eh? (*Sentándose y haciéndose aire con el sombrero.*)
SIMONA.—Muy bochornosa.
ASIA.—Hay cirrus y cúmulos; esto acabará con un meteoro acuático.
SERAFIN.—¡Es posible! (*A doña Simona.*) Otro merenguito, anímese usted.
SIMONA.—(*Con la boca llena.*) Muchas gracias; ya me he comido siete.
SERAFIN.—¿Y usted, Asita, no toma nada?
ASIA.—Lo que usted tome.
SERAFIN.—Pues yo... lo de siempre, zarza. Trae dos vasitos, Pepa. (*Pepa los sirve el refresco, colocando un vaso delante de cada cual.*)
ASIA.—(¿Recibiste mi carta?)
SERAFIN.—(¡Sí, amor mío! ¡Qué quintillas tan preciosas! ¡Cuánto siento no ser poeta para contestar también en verso!)
ASIA.—(Me basta con que tengas la poesía en el corazón.)
SERAFIN.—(Ahí si la tengo... y toda para ti, para ti sola.)
ASIA.—(Has hecho un endecasílabo sin notarlo.)
SERAFIN.—(¿Sí? Ahí tienes; eso prueba que me sale del corazón lo que te digo.)
ASIA.—(¡Y que este hombre sea tan traidor! No puedo convencerme.)
SERAFIN.—(¡Bebe un sorbito de mi vaso!)
ASIA.—(*Rechazándolo.*) (No, que nos ve mamá. Bebe, bebe.)
SERAFIN.—(*Apurando el contenido del vaso.*) (Ya empieza a dar cabezadas... A ver si empalma este sueñecito con el otro... No; (*Mirando el reloj.*) hasta más de media hora dicen que no produce efecto.)
ASIA.—(¿Estás preocupado? ¿En qué piensas?)
SERAFIN.—(En ti, en ti a todas horas.)

MUSICA

SERAFIN ¿Está dormida?

ASIA Dormida está.
PEPA (Ya puede asegurarse
que hoy vigilará.)
SERAFIN Yo te adoro, mi dulce ilusión,
y tu imagen grabada aquí está:
al momento
nos casamos
cuando tenga permiso de papá.
PEPA (Ja, ja, ja!)
SERAFIN Si entra pronto papá en el poder...
PEPA (Ilusiones del pobre señor.)
SERAFIN Al instante,
muy campante,
me voy a una provincia
de gobernador.
PEPA (¡Huy qué horror!)
ASIA Yo quiero saber
si ante todo eso
seré tu mujer.
SERAFIN Claro está que sí.
ASIA Es que pasa el tiempo
y estamos así.
SIMONA (Este pillastrón
está haciendo el paso
de la seducción.)
PEPA (¡Vaya una ocasión
pa pintar un cuadro
pa la Exposición!)
ASIA Yo tu esclava constante seré
y mi amor tuyo siempre será,
que un volcán hay en mi pecho
y en su lava
por ti abrasado está.
PEPA ¡Allá va!
(*Como si le pidieran agua.*)
SERAFIN Eres digna, por tu educación,
de ocupar una gran posición
y serás gobernadora
de Cuenca o de Zamora
o de Castellón.
SIMONA (¡Bribón!)
SERAFIN ¡Tú eres vida
de mi alma,
tú eres alma

de mi ser!
(*Yendo a abrazarla.*)

ASIA	Quita, deja, que nos mira desde el puesto la mujer.
SERAFIN	¡Si no me quieres, bien mío, va a haber un desastre!
SIMONA	(¡Qué pillastre!)
ASIA	Ya sabes tú que por ti yo a morir estoy pronta.
PEPA	(¡Ay, qué tonta!)
ASIA	¡Quieto!
SERAFIN	¡Anda!
SIMONA	(¡Pillo!)
PEPA	(¡Randa!)
SER. y ASIA	¡Dulce ilusión!
SERAFIN	¡Anda!
ASIA	¡Quieto!
SIMONA	(¡Tipo!)
PEPA	(¡Feo!)
PEPA y SIM	(¡Vaya un bribón!)
ASIA	¡Ay, qué feliz que voy a ser cuando seamos marido y mujer!
SERAFIN	Tú mi consuelo constante serás.
PEPA	(Si no lo es de los demás.)
SERAFIN	¡Oh, qué placer! ¡Oh, qué ilusión! ¡Tú eres encanto de mi corazón; tú haces que loco me vuelva por ti siempre que a tu lado me veo así! ¡Te amo!
ASIA	¡Me ama!

(*Doña Simona ronca estrepitosamente.*)

PEPA	¡Agua!
ASIA	Eres mi cielo.
SERAFIN	Eres mi afán.
PEPA y SIM	(No cabe duda, es un truhán!)
ASIA	¡Ay, no es posible!
SERAFIN	Dime que sí.
ASIA	¡Ay, Serafín, yo me muero por ti!
LOS DOS	Nunca, bien mío, te he de olvidar
PEPA y SIM	(¡Ay, qué sorpresa te vas a llevar!)

SERAFIN (Cuando ésta sepa
todo mi plan,
lo novelesco
le agradará,
y yo seguro
cuento triunfar
sin el peligro
de la mamá.)

ASIA (¿Por qué, Dios mío,
me ha de engañar,
si yo le adoro
cada vez más?
De su proyecto
quiero dudar
mientras no vea
la realidad.)

PEPA (La señorita
chiflada está
y no lo sabe disimular;
si ella le quiere
no bastarán
ni los cien ojos
de la mamá.)

SIMONA (Como el proyecto
sea verdad,
yo se lo juro
al muy truhán;
aun cuando viva
cien años más,
de esta aventura
se acordará.)

(*Al ver que despierta doña Simona, Asia y Serafín vuelven a sentarse.*)

HABLADO

SIMONA.—Yo creo que me he quedado un poco traspuesta.

ASIA.—Sí, un poco.

SIMONA.—Con este calor tengo la cabeza tan pesada...

SERAFIN.—Pues vamos a dar unas vueltecitas en el coche... (*Bosteza.*)

SIMONA.—No; prefiero ir a pie hasta la Castellana, a ver si me despejo algo.

SERAFIN.—Como usted quiera; lo tomaremos cuando

usted se canse; lo tengo ahí arriba esperando... (Ya pronto debe hacerle efecto.) (*Mira al reloj.*)

SIMONA.—Buenas noches, Pepa.

PEPA.—Vayan ustedes con Dios.

SERAFIN.—Toma. (*Dándole una moneda.*)

PEPA.—Muchas gracias, señorito.

SERAFIN.—(Las gracias a ti, Pepa.) (*Bosteza muy fuerte. Vanse.*)

Pepa y luego don Aquilino por el forò izquierda.

PEPA.—¡Qué satisfecho se va el muy!... Vamos, todo lo que se diga de él es poco.

AQUILINO.—¡Jé, jé! Allí van mis inquilinas, acompañadas por Serafín. ¡La mamá esta noche le sacará los cuartos y mañana me pagará con mi propio dinero! ¡Qué mundo este! Adiós, Pepa.

PEPA.—Hola, don Aquilino. ¡Usted por aquí!

AQUILINO.—Sí, hija; he salido a dar una vuelta para refrescarme un poco...

PEPA.—¿Quiere usted tomar algo?

AQUILINO.—No; ni me siento siquiera. Es ya tarde y yo madrugo mucho.

PEPA.—Pues mañana temprano iré por su casa, porque tengo que verle.

AQUILINO.—¡Malo! Eso me huele a renovación del pagaré.

PEPA.—Pues está usted equivocado; porque aquí tengo el dinero para pagarle.

AQUILINO.—¿De veras?

PEPA.—Mírelo usted; un billete.

AQUILINO.—¡Ah! Pues entonces no necesitas molestarte en ir a casa, porque yo traigo precisamente tu documento en la cartera... Los que están al caer los llevo conmigo, por si acaso...

PEPA.—Pues venga y tome usted.

AQUILINO.—¿Será bueno? (*Mirándolo al trasluz.*) ¡Calle! Yo conozco este billete con esta contraseña... Sí; es de los que dí a Serafinito.

PEPA.—(*Acercándose muy alarmada.*) ¿Qué? ¿Es falso?

AQUILINO.—No, hija mía, es bueno; pero... ¿quién te ha dado este billete?

PEPA.—¿Y a usted qué le importa? ¡Pues tiene gracia!

AQUILINO.—¡Ya lo creo que la tiene! (¡Serafín, por lo visto, se entiende con ésta también... y también cobro yo esto de mi propio dinero.) Toma, toma tu pagaré.

PEPA.—Está bien; hasta otra.
AQUILINO.—Que sea pronto.
PEPA.—No lo quiera Dios.
AQUILINO.—Vaya, buenas noches.
PEPA.—Abur, don Aquilino.
AQUILINO.—Está visto; hay días en que hasta los cojos salimos de casa con buen pie. (*Vase.*)

Pepa y tres chulos que vienen marchando al compás de lo que tocan en las guitarras. La seña Tomasa, que ayuda a Pepa a servir.

CHULO 1.º—¡Alto el fuego!
CHULO 2.º—¿Otra ronda?
CHULO 3.º—Esta la pago yo.
PEPA.—¿Y qué va a ser?
CHULO 2.º—Del mono.
CHULO 1.º—Es lo mejor pa la mona. (*Se sientan y Tomasa les sirve las copas. El de la guitarra sigue siempre tocando, aunque muy piano.*)
CHULO 2.º—¿No hay muñuelos?
CHULO 1.º—¡Hombre, no; eso en la verbena!
CHULO 3.º—Yo los pagaré allí; los muñuelos de cuenta mía.

Dichos, doña Simona y Asia, que entran muy de prisa.

SIMONA — Pepa.
PEPA — ¿Qué, qué ha sucedido?
ASIA — ¡Pepa, usted nos ha salvado!
SIMONA — ¡Qué bribón!
ASIA — ¡Qué fementido!
SIMONA — Ahí, sobre un banco, dormido
como un tronco se ha quedado.
PEPA — ¿De veras?
ASIA — Pálido, inerte;
fiel imagen de la muerte.
SIMONA — ¡Si me da usté eso, me mata!
ASIA — Se ha decidido mi suerte;
¡volveré a Valdepatata!

(*Doña Simona abraza a su hija, y luego, mientras sale el Coro, se despiden de Pepa y vanse.*)
Pepa. Coro de gente que viene del teatro.

M U S I C A

CORO — Ya es más de la una y media,

¡Jesús, qué atrocidad!
Un día en el teatro
nos amanecerá.
La culpa es de la Empresa,
y si esto sigue así,
dará leche de burras
a la hora de salir.
¡Ay, qué calor hacía
en el teatro aquél!
Aquí se está muy fresco
y se respira bien.

Dichos. El Gachó del arpa con el instrumento

GACHO Signore, buona sera,
ascolti per pietá,
ascolti al poverino
que canta per "mangiar".

(*Toca, y la gente le rodea. Mientras ejecuta el preludio exclama dramáticamente.*)

¡Oh, Dio! ¡Oh. Dio, qu'io sonno disgraciato!
Una niñeira
in Barcelona,
d'un soldatino
s'inamoró,
e al "mechi" e "michi"
de relazione,
il regimento
se las guilló.
Tuti li mundi
le preguntaba:
¿qué cosa e fatto
que llora así?
E la fanciula
li respondeba
quil soldatino...
¡Jí, jí, jí, jí!
Io sonno il trovator
qui vaga per Madrí.

CORO.—(*Señalando los bolsillos.*)
Lo que este es un truhán.
¡Mucho ojo por aquí!

PEPA.—(*Cantando.*) ¡Ay! ¡Ay!

(*La gente se acerca a ella para escucharla.*)

GACHO.—(*Pidiendo.*) ¡Signori, per pietá, un piccolo pe-

rri para el poverino! (*Viendo que nadie le da nada, se mete por entre la gente y vuelve a cantar.*)

Una niñeira
in Barcelona,
d'un soldatino
s'inamoró...

UNOS.—(*Empujándole.*) ¡Largo de ahí!

OTROS.—¡Déjenos en paz!

GACHO.—(*Retirándose.*) ¡Oh, Dio mío, qu'io sonno desventurato!

(*Oyese dentro la voz de Manuela, que pregona a gritos, Pepa sale a su encuentro.*)

MANUELA ¡Agua, aguardiente y azucarillos, agua!

PEPA Ya está ahí la Manuela;
si vuelve a insultarme,
aunque haya aquí gente
yo no he de aguantarme.

Dichos y Manuela

PEPA.—(*Yendo hacia Manuela.*)
¿Tú vienes sin duda,
buscando cuestión?
Pues no tengo gana
de conversación.

MANUELA Pues yo sí la tengo,
y me has de escuchar,
que vengo esta noche
con ganas de hablar.

CORO (Silencio, silencio,
que va a haber cuestión;
la cosa merece
prestar atención.)

MANUELA.—(*Que deja la vasera en el suelo, se dirige a Pepa en actitud amenazadora.*)
Tú sin duda te has creído
que yo soy una cualquiera,
porque tú tienes un puesto
y yo voy con la vasera.
Pero ya saben lo que eres
más de dos y más de tres,
porque tú eres una cosa...
que ya sabes tú lo que es.

(*La gente sujeta a Pepa, que va a lanzarse sobre la otra.*)
Déjenla ustedes,

no la contengan,
que esa me teme
más que a un nublao,
y estoy segura
que si la dejan,
no va conmigo
a ningún lao.

PEPA ¿Que no?

MANUELA ¡Que no, que no!

PEPA Ya te dije yo esta noche
que en seguida que te viera
te arrancaba el añadido
por chismosa y embustera.
Si tuvieras un poquito
de vergüenza y diznidá,
no pasabas por mi puesto
con la cara levantá.

MANUELA No te pongas tantos moños,
que a pesar de tu honradez,
a la calle de Quiñones
te han llevao más de una vez.

PEPA Pero a mí entoavía
en la procesión,
no han venido a invitarme
pa ir de pendón.

CORO ¡Já, já, já, já!
¡Qué bueno va!

MANUELA y PEPA.—(*Amenazándose cada vez más cerca y con más bravura.*)

Tú no tienes ni decoro,
ni principios, ni vergüenza,
y si vuelves a mirarme
te voy a arrancar la trenza.
Ya no quiero más palique,
conque en facha ponte ya,
que esta noche no te salva
ni la paz y caridá.

CORO.—(*Mientras disputan las dos aguadoras.*)

Estas se pegan;
ahora se agarran...
¡A que la atiza!
¡a que la da!

UNOS Si las dejamos,
pué que se maten.

OTROS Si llega el caso
se evitará.

(*Van a agarrarse insultándose a gritos, cuando se abren paso entre la gente Vicente y Lorenzo. Al verlos se separan las dos y quedan inmóviles.*)

Dichos Lorenzo y Vicente.

LORENZO.—(*A Pepa.*)
Vamos a ver, ¿qué ha pasao?

PEPA No ha pasao ná.

VICENTE.—(*A Manuela*).
¿Qué haces tú aquí?

MANUELA ¡Ya lo ves:
petrificá!

LORENZO.—(*A Pepa.—Hablado.*) Vamos, tú, ¿qué ha sucedido aquí? Que yo quió saberlo, ¿sabes? A decirlo todo.

PEPA Bien sabes que la Manuela
anda buscando cuestión;
yo estoy tranquila en mi puesto,
yo no la busco.

LORENZO.—(*A Vicente y Manuela.*)
Tiene razón.

PEPA Que ella no me insulte,
que yo no la falto;
pero si me ofende
tres muelas la salto.
Esto es lo que ha habido,
pregunta y verás.

(*Enterneciéndose hasta llorar.*)
¡Fíate de las amigas .
que una quiso más,
y con este pago
al fin te verás!

(*Limpiándose las lágrimas.*)

VICENTE.—(*A Manuela.—Hablado.*) Vamos, tú, a ver si es verdad todo eso. Va a resultar que tienes tú la culpa de tóo... Habla de una vez.

MANUELA Todo lo que ha dicho esa,
no sé si con intención,
te lo he dicho yo mil veces
hablando de ella.

VICENTE.—(*A Pepa y Lorenzo.*)
Tiene razón.

MANUELA No la di motivos
mientras fué mi amiga
pa ninguna queja,
y que ella lo diga.
Sino que las cosas
han venido así,
(*Enterneciéndose como Pepa.*)
pero a nadie le hace daño
más que me hace a mí,
que por tonterías
estemos así.
(*Secándose las lágrimas con el delantal y sollozando.—Lorenzo y Vicente se miran, las miran a ellas, se dan con el codo y se sonríen, guiñando un ojo.*)
LORENZO Pues después de oír todo
lo que ha pasao,
váis a darsus las manos
y se ha acabao.
Vamos. (*Animando a Pepa.*)
VICENTE.—(*A Manuela.*) ¡Anda!
PEPA.—(*Acercándose a Manuela.*)
¡Bueno!
MANUELA ¡Ya!
(*El Gachó del arpa que aparece por el foro abriéndose paso entre la gente.*)
Una niñeira
in Barcelona, etc.
(*La gente le empuja y se marcha. Manuela y Pepa se dan al fin la mano y se abrazan llorando.*)
LORENZO ¡Así me gusta!
VICENTE ¡Si son dos barbianas!
CORO Al fin y al cabo
se arregló todo;
siempre es igual:
muchos insultos
y luego nada...
Vamos andando,
que es tarde ya. (*Vanse.*)

Lorenzo, Vicente, Pepa, Manuela y la señá Tomasa

VICENTE.—(*A Manuela.*)
Pa que veas, Manuela,
lo que es Vicente.
LORENZO.—(*A Pepa.*) Mira tú si me porto decentemente.

(*Deshacen a un tiempo dos envoltorios que traen bajo el brazo y que no han dejado durante las escenas anteriores, y sacan dos mantones de Manila.*)

PEPA Y MANUELA.

¡Mi mantón de Manila!
(*Una a otra*)
¡Los han sacao!

VIC. y LOR.—¡Ya los dos prisioneros
se han rescatao!

(*Cada uno pone el mantón a su cada una.*)

LORENZO.—(*A Pepa.*) ¿Pues habías tú de quedarte sin ir a la verbena? Primero faltaría el sol, digo, la luna, que es de noche.

VICENTE.—(*A Manuela.*) ¡Así quió yo verte, arrebujáa en ese cacho de gloria!

PEPA.—(*A la señá Tomasa.*)
Usté, señá Tomasa,
recoja el puesto ya,
y vaya luego a casa
y espérenos allá.

(*La señá Tomasa empieza a recoger todo lo del puesto, las sillas, mesas, etcétera. Pepa coge de un vaso, donde los tiene puestos en agua, varios claveles, da algunos a Manuela y las dos se adornan con ellos la cabeza.*)

PASACALLE

LOR y VIC.—Vamos andando, de bracero agárrate.

PEPA y MANUELA.—(*Cogiéndose a ellos.*)
Vamos andando pa la calle de la Fe.

LORENZO.—(*A Pepa.*)
¡Rica!

PEPA.—(*A Lorenzo.*)
¡Chulo!

LORENZO.—¡Fea!

PEPA.—¡Ya!

VICENTE.—(*A Manuela.*)
¡Rosa!

MANUELA.—¡Nardo!

VICENTE.—¡Lila!

MANUELA.—¡Quiá!

LOR y VIC.—En cuanto el santo vea
estas chiquillas,
asao y todo salta
de las parrillas.

PEPA y MAN.—Y en cuanto os presentéis
vosotros dos,
al ver la gracia chula
que tienen los chavós,
nos echan estampitas
con la cara de Dios.

LORENZO y VICENTE.—(*En voz bajísima.*)
¡Huy, huy, huy, no te desgarres,
porque así arrimaíta
te quiero yo!

PEPA y MANUELA.—(*Lo mismo.*)
¡Huy, huy, huy, yo no me separo
como tú no te vayas!

LOR. y VIC.—¡Pa mí que no!
De barro un San Lorenzo
te he de comprar.

PEPA y MAN.—Pa rezar.

LOR. y VIC.—Y pa que no volvamos
a regañar.
Y como el Santo,
siempre a tu lao
quiero estar por tus ojos
achicharrao.

LOS 4.—Andando, vamos pronto
a la verbena
pa que digan: ahí viene
la gente buena.
Compramos unos pitos
pa pitar,
y en cuanto nos hartemos
los cuatro de tocar
en amor y compaña
nos vamos a cenar. (*Vanse.*)

La señá Tomasa, que cierra el puesto y se marcha. Un Farolero apaga antes el farol de gas y la escena queda a oscuras. Música en la orquesta. Motivo instrumental de los ratas de "La Gran Vía". De entre los árboles se destacan el primero, segundo y tercero, que atraviesan la escena y desaparecen sigilosamente por la izquierda. Poco después vuelven, trayendo uno la americana de Serafín, otro el chaleco y otro el pantalón. Se reúnen en el centro de la escena, y el que lleva la americana saca de ella la cartera,

que enseña a los otros, marchándose los tres muy contentos y de prisa, por la derecha. Poco después salen por la izquierda Serafín, en calzoncillos blancos, entre dos Guardias.

Serafín y Guardias primero y segundo

GUARDIA 1.º—¡Ande aprisa!
SERAFIN.—¡Por favor!
GUARDIA 1.º—¿Vino usted a los jardinillos,
sin vergüenza ni pudor,
a dormir en calzoncillos
porque hace mucho calor?
SERAFIN.—¡Pero hombre, si me han robado!...
GUARDIA 2.º—¡Pues vaya un sueño pesado!...
GUARDIA 1.º—¡Y una inamovilidaz!
GUARDIA 2.º—¡Ande usted, desvergonzado!
GUARDIA 1.º—¡Respete a la autoridaz!

(Se lo llevan y cae el telón.)



EL CHALECO BLANCO

EPISODIO COMICO-LIRICO EN UN ACTO

DIVIDIDO EN DOS CUADROS Y UN INTERMEDIO,

EN PROSA,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

MUSICA DEL

MAESTRO CHUECA



Estrenado en el TEATRO FELIPE el 26 DE

Junio de 1890

REPARTO

PERSONAJES DE LA ACCION

TECLA...	SRTA. ALBA (L.)
DOÑA CASTA...	SRA. VIDAL
ROSA	SRTA. ALBA (I.)
PEREZ...	SR. MESEJO (J.)
DAVID...	MESEJO (E.)
DON QUINTIN.	RODRIGUEZ
DON VENTURA	ALBA

PERSONAJES EPISODICOS

EL CABO DE CORNETAS	SRTA. CAMPOS (L.)
UN PORTERO...	SR. CASTRO
MUNICIPAL 1.°	JEREZ
IDEM 2.°	CABA
EL TIO PEPE	DIAZ
LAVANDERA 1.ª	SRTA. CAMPOS (A.)
IDEM 2.ª	GARCIA (M.)
IDEM 3.ª	GARCIA (C.)
UNA PEINADORA	SALVADOR

Lavanderas, cornetas y bañeros.—Coro general

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Comedor modestísimo. Dos puertas a cada lado y una al foro. En el centro mesa. Sobre ésta un botijo y dos vasos. En el aparador unos cuantos platos. Seis sillas.

ESCENA PRIMERA

PEREZ, limpiando un par de botas. Sobre la mesa habrá otro par y unos zapatos.

M U S I C A

(*Pérez, mientras da lustre a la bota, tararea muy alegre, y sólo interrumpe el canto de vez en cuando para echar el aliento con mucha fuerza sobre la bota. Continúa cantando y acaba diciendo en los últimos acordes: "Chín, chín", dejando la bota y el cepillo sobre la mesa.*)

H A B L A D O

¡Válgame Dios, y qué suerte la mía! Esta tarea de limpiar el calzado, en invierno menos mal, porque entra uno en calor; pero en verano hace sudar de un modo horrible. Y luego, ¿para qué? Para que los dichosos huéspedes se pongan unas botas como espejos y no le digan a uno siquiera: Muy bien, Pérez, muy bien, esto se llama sacar brillo; está el becerro que parece un sol. Pues nada, todavía hay quien se queja, como don Quintín, diciendo que uso un betún que corta la piel. Los años sí que cortan la piel. Y si no, aquí está la mía para muestra. Pero, claro, estas botas son más viejas que yo. Medias suelas (*Examinándolas.*), tacones, palas, remonta completa; no queda de

las que compró en la zapatería más que los elásticos. Están como su dueño. ¡Pobre señor! Y él se da tono hablando de los destinos que ha tenido y de los que va a tener... Ea, ya están los tres pares de todos los días. (*Suena la campanilla.*) Allá voy. (*Váse tarareando lo de antes.*)

ESCENA II

PEREZ y ROSA que trae dos grandes talegos

PEREZ.—*(Dentro.)* ¡Hola Rosa, buenos días! Pase usted, pase usted. ¡Casta! (*Gritando.*) Aquí está la lavandera.

CASTA.—(*Dentro.*) Voy al momento.

ROSA.—Deje usted, que no tengo prisa. (*Dejando los talegos.*) Con su permiso descansaré un poco, que vengo reventá. (*Se sienta.*) Le digo a usted que no hay cuerpo que resista este trajín de bajar y subir escaleras; cuando llego los lunes al río no sé dónde tengo los pies.

PEREZ.—Yo no sé dónde tengo las botas. (*Buscándolas.*)

ROSA.—¿Eh?

PEREZ.—Las botas de don Ventura. ¡Ah!, sí, aquí están. (*Las coge y entra con ellas por la segunda puerta izquierda, saliendo al momento.*)

ROSA.—Desde las cinco de la mañana ando lo mismo que un azacán, de un sitio pa otro, y luego pa descanso estése usted metida en la banca hasta la noche.

PEREZ.—Ya, ya. (*Acercándose a la primera puerta derecha.*) ¿Hay permiso? estará durmiendo como de costumbre. (*Entra.*)

ROSA.—¿Cuándo se volverá la tortilla y seremos ricos los que no tenemos un céntimo? Porque eso tié que suceder el mejor día. ¿No es verdad?

PEREZ.—(*Saliendo.*) ¿Qué es lo que tiene que suceder el mejor día?

ROSA.—Que seamos ricos usté y yo.

PEREZ.—¡Ah! Sí. Ese sería el día mejor, pero mucho me temo que no llegue.

ROSA.—Es un decir. (*Riéndose.*)

PEREZ.—¿Se puede? (*A la primera puerta izquierda.*)

QUINTIN.—(*Dentro.*) ¿Quién es?

PEREZ.—Soy yo, con las botas.

QUINTIN.—Adelante. (*Entra Pérez.*)

ESCENA III

DICHOS y DOÑA CASTA con un lío de ropa, luego PEREZ

CASTA.—Hola, Rosa:

ROSA.—Buenos días tenga usted.

CASTA.—¡Creí que estaba aquí mi esposo, Pérez!

ROSA.—Ahí ha entrado.

CASTA.—¡Pérez!

PEREZ.—(*Saliendo.*) ¿Qué hay?

CASTA.—¿Has apuntado todas las prendas?

PEREZ.—Sí, ahí está la lista sobre el aparador.

CASTA.—Pues aquí tiene usted el lío. (*A Rosa.*)

ROSA.—(*Levantándose.*) Venga acá. (*Lo mete en uno de los talegos.*)

CASTA.—Y oiga usted, Rosa; hágame el favor de tratar la ropa con más cariño, porque me la trae usted destrozada.

ROSA.—¡Señora!...

CASTA.—Y eso es que echa usted polvos de gas y la abrasa toda.

ROSA.—Por estas que son cruces la juro a usted que...

CASTA.—El olor no engaña.

ROSA.—Jabón y na más que jabón, y mis buenos puños, que gracias a Dios no me faltan, y a restregar contra el banquillo no hay en el río quien me gane.

CASTA.—Ya se conoce.

ROSA.—Es que yo no soy de las que usan pala, ¿sabe usted? y en cada pieza me gasto un cuarterón de lo de Mora, de primera, ¿sabe usted? Blanco como la nieve, ¿sabe usted?

CASTA.—Lo que sé es que la ropa dura muy poco.

ROSA.—Naturalmente, como que no hace más que ir y venir al río, porque hay poca...

PEREZ.—(¡Muy poca!) (*Suspirando.*)

CASTA.—Si hay poca o mucha no es cuenta de usted; cada uno tiene la que tiene.

ROSA.—Pues mire usted, en ese talego traigo camisas de batista y chambras de encajes que da gloria verlas; en fin, ropa fina, no como la de aquí, y nadie se ha quejao...

CASTA.—(*Muy incomodada.*) Basta de conversación, que tengo prisa. Lo que le digo a usted es que quiero mucha colada, mucha colada, ni más ni menos. Y hemos acabado. (*Vase.*)

ROSA.—No se incomode usted, que no es para tanto. ¡Vaya con la señora!...

PEREZ.—No la haga usted caso, ya sabe usted lo que es...

ROSA.—Es que tiene unos prontos...

PEREZ.—Y unos tardes... No se la puede sufrir. Yo la padezco hace veintidós años, desde la Revolución. Cuando me muera voy derechito al martirilogio... San Juan Pérez, esposo y mártir.

ROSA.—¡Pues me gusta! Después que se deja una los puños... (*Carga con los talegos.*)

PEREZ.—(*Ayudándola a cargar con los talegos.*) Vaya usted con Dios, vaya usted con Dios, y ya lo ha oido usted; mucha colada, mucha colada y... mucha paciencia.

ROSA.—Bien se necesita pa... aguantar tanto.... En fin, abur.

PEREZ.—Adiós, Rosa.

ROSA.—¡Diquia el jueves! ¡Me ha hecho gracia! Decir que echo polvos...

ESCENA IV

PEREZ y luego DOÑA CASTA

PEREZ.—¡Qué ha de echar esta pobre mujer! ¡Manías de Casta, que es atroz!

CASTA.—¡Pérez!

PEREZ.—¡Ah! ¿Eres tú?

CASTA.—(*Saliendo con la mantilla puesta y llevando un talego pequeño.*) Tenemos que hablar.

PEREZ.—(¡Malo!)

CASTA.—De un asunto grave.

PEREZ.—(¡Malísimo! ¿Qué diablura se le habrá ocurrido?) Bien, hablaremos por la calle. ¿No vamos a la compra?

CASTA.—No; voy yo sola; tú necesitas quedarte en casa.

PEREZ.—¿Pues?

CASTA.—Ven acá y escucha.

PEREZ.—(Tiemblo.) (*Se sientan.*)

CASTA.—Vamos a ver, ¿qué te ha hecho pensar la carta de Gregorio que recibimos ayer?

PEREZ.—¿A mí? Pues me ha hecho pensar que cuando llegue su sobrino le cederé mi cama, como siempre que hay otro huésped más, y que yo tendré que irme a dormir a la cocina.

CASTA.—¡Eso es todo lo que se te ha ocurrido!
PEREZ.—Todo

CASTA.—Bien se conoce que no has inventado la pólvora.

PEREZ.—Es verdad; y me alegro, porque tendría unos remordimientos horribles.

CASTA.—¡Basta!

PEREZ.—No chisto más.

CASTA.—En esa carta nos dice Gregorio que su sobrino Andrés vendrá a Madrid dentro de dos o tres días.

PEREZ.—Eso es.

CASTA.—Que ha heredado de su padre cinco mil duros.

PEREZ.—Justo.

CASTA.—Y que con ellos proyecta establecerse poniendo un almacén de ultramarinos.

PEREZ.—Así dice.

CASTA.—¿Y no se te ha ocurrido nada al saber que pronto tendrás un sobrino de nuestro primo, dueño de una gran tienda de comestibles?

PEREZ.—¡Ah! Sí; ahora se me ocurre... (*Muy alegre.*)

CASTA.—¿Qué?

PEREZ.—Que comeremos un poco mejor, porque naturalmente...

CASTA.—Eres un adoquín, por no decirte algo más duro.

PEREZ.—Más duro que un adoquín, me parece difícil.

CASTA.—¿Te has olvidado de que tenemos una hija?

PEREZ.—¿Cómo he de olvidarlo? Tecla, mi queridísima Tecla; mi único consuelo en este mundo...

CASTA.—¿Eh?

PEREZ.—Después de tí.

CASTA.—¡Ah! Pues ese almacén de ultramarinos, con dueño y todo, será para ella.

PEREZ.—¿Cómo?

CASTA.—Casando a Tecla con Andrés.

PEREZ.—Pero...

CASTA.—Nada, nada, ten la seguridad de que la caso.

PEREZ.—Pero...

CASTA.—El vendrá a vivir con nosotros hasta que encuentre local para su comercio, y como esté aquí una semana siquiera, cae, vaya si cae.

PEREZ.—Y Tecla...

CASTA.—Le querrá, de seguro. Es un hombre joven, activo, emprendedor, no mal parecido, algo coloradote, co-

mo de pueblo; pero también tú, cuando te casaste, eras colorado...

PEREZ.—Es verdad, y luego me volví maduro.

CASTA.—La chica transigirá, porque difícilmente podrá presentársele mejor proporción.

PEREZ.—Pero... ¿y el músico?

CASTA.—Que se vaya con la música a otra parte.

PEREZ.—Mujer... ¿no hemos autorizado nosotros sus relaciones con la niña?...

CASTA.—Claro, mientras no había otro, hemos hecho la vista gorda, dejando a la niña que haga tonterías con un huésped; pero eso no significa nada.

PEREZ.—Sí, Casta, sí; eso significa, ahora que nadie nos oye, que no tenemos ni pizca de vergüenza. (*En voz muy baja.*)

CASTA.—¡Pérez!

PEREZ.—Las cosas así, claras.

CASTA.—¿Pero por qué?

PEREZ.—Porque ese pobre joven, enamorado de Tecla con toda su alma, vino a la casa con buen fin, dispuesto a casarse, y nos habló, y tú le dijiste...

CASTA.—Le dije: no hay inconveniente en que usted y la niña se quieran y se traten, bajo nuestra exquisita vigilancia; pero no piense usted en casarse mientras no pueda ofrecerle una posición desahogada. Ahora no tiene usted más que lo que le dan por tocar el piano en el café de Talía: total diez reales.

PEREZ.—Y un café con tostada.

CASTA.—Esa no hay que contarla, porque se la come él.

PEREZ.—Y los diez reales nos los comemos nosotros.

CASTA.—Claro, él se alimenta del aire.

PEREZ.—Poco menos; le das unos arroces... ¡atroces!

CASTA.—Lo mismo comen los otros huéspedes, y no se quejan.

PEREZ.—Naturalmente: don Ventura, porque es capaz de tragarse la cúpula de San Francisco el Grande, y don Quintín, porque como siempre anda retrasado en el pago tiene que comer lo que le dan.

CASTA.—(*Levantándose.*) Bueno, bueno, lo que te digo es que Tecla se casará con el sobrino de Gregorio. Yo ya la hice tragar la píldora.

PEREZ.—¿Se lo has dicho?

CASTA.—Hace un momento.

PEREZ.—¿Y qué?

CASTA.—Se echó a llorar.

PEREZ.—¡Pobrecita!

CASTA.—Luego se encerró en su cuarto y allí está desahogándose.

PEREZ.—Tienes el corazón de piedra berroqueña.

CASTA.—Lo que tengo es práctica y conocimiento del mundo. Cuando me casé contigo, bien lo sabes, (*Suspirando.*) estaba enamoradísima de un teniente de caballería, rubio, muy guapo, y siguiendo el consejo de mis padres, te dí mi mano, y no dirás que he vuelto a hablarte una palabra del teniente.

PEREZ.—Naturalmente.

CASTA.—Ni volví a acordarme del santo de su nombre.

PEREZ.—Es verdad. (Tuve la suerte de que cambiaran la guarnición.)

CASTA.—La niña se olvidará del músico en cuanto deje de verle.

PEREZ.—Lo cual, viviendo en la misma casa, es bastante difícil.

CASTA.—Por eso no puede permanecer aquí ni un día más.

PEREZ.—¿Qué dices?

CASTA.—Que hoy mismo hay que ponerle de patitas en la calle. Y por eso no quiero que vayas conmigo a la compra, para que te encargues de despedirle.

PEREZ.—¡Yo!

CASTA.—Tú, sí, señor; tú, que eres el amo de la casa.

PEREZ.—¿Sí? (No lo había conocido.)

CASTA.—Hay cosas que no debo yo hacerlas, habiendo aquí un hombre.

PEREZ.—Eso es verdad.

CASTA.—Ahora, en cuanto yo me vaya, entras en su cuarto y le sueltas el toro.

PEREZ.—¡Bonito despertar va a tener el infeliz!

CASTA.—Le dices... lo que te parezca mejor; el caso es que cuando yo vuelva lo sepa ya.

PEREZ.—Pero...

CASTA.—No digas que no... porque será inútil.

PEREZ.—Haré lo que quieras, como siempre. Sin embargo, me parece una locura perder esos diez reales diarios, seguritos, que nos han de hacer falta...

CASTA.—Si consigo casar a Tecla con Andrés no necesitamos nada y viviremos como unos príncipes.

PEREZ.—Como unos príncipes ultramarinos.

CASTA.—Estoy harta de trabajar y de sufrir a los

huéspedes. Ea, me voy a la plaza. No dejes de decírselo ahora mismo; cuanto más pronto se vaya, mejor .

PEREZ.—Se lo diré; descuida.

CASTA.—(*Volviéndose desde la puerta.*) ¡Ah! ¿cuál fué el plato fuerte del almuerzo de ayer, que no me acuerdo?

PEREZ.—Arroz con bacalao.

CASTA.—Es verdad, sí. Y el de anteayer...

PEREZ.—Bacalao con arroz.

CASTA.—Es cierto. Traeré bacalao para ponerlo con patatas.

PEREZ.—Eso es; en la variedad está el gusto.

CASTA.—Hasta luego.

PEREZ.—Adiós.

ESCENA V

PEREZ, después DON QUINTIN con un sombrero de copa en la mano y en mangas de camisa

PEREZ.—¡Y dice que está harta de sufrir a los huéspedes! ¡Ellos sí que están hartos de sufrirla, como yo! ¡Ay, Casta, Casta, tú haces que reniegue de mi casta!

QUINTIN.—¡Pérez!

PEREZ.—¡Ah! ¿Qué hay, don Quintín?

QUINTIN.—Va usted hacer el favor de poner a calentar una plancha para pasársela a este sombrero.

PEREZ.—Ahora mismo; pero me parece que por mucho que se la pase usted...

QUINTIN.—Quedará flamante.

PEREZ.—Bueno, bueno.

QUINTIN.—Es un sombrero de primera; vea usted, de Guevara.

PEREZ.—Sí; ya veo. Guevara. Pariente de usted, sin duda.

QUINTIN.—(*Incomodado.*) Oiga usted: el sombrero no es Ladrón.

PEREZ.—Hombre, yo no he dicho... ni he querido ofenderle.

QUINTIN.—No es Ladrón de Guevara como yo.

PEREZ.—Sí, sí, yo he visto las tarjetas de usted con el escudo...

QUINTIN.—Hay otros Ladrones ilustres también...

PEREZ.—¡Ya lo creo! Algunos robando mucho...

QUINTIN.—No es eso, hombre; me refiero a los Ladro-

nes de Cegama, otra familia también nobilísima, pero a la cual la mía no cede en brillo.

PEREZ.—Pues voy por la plancha para que se lo saque usted al sombrero. (Anda, date lustre.) (*Vase segunda derecha.*)

ESCENA VI

DON QUINTIN, después PEREZ

QUINTIN.—¿Habrá vuelto ya don Ventura? (*Acercándose a la puerta segunda izquierda.*) ¡No se le oye! Temo preguntar... estoy inquieto. ¡Si sospecharan algo! ¡Que un hombre de mi linaje, como dicen en aquella comedia, descienda a estos recursos para ocultar su situación! Pero por este medio me presentaré siquiera dignamente. El sombrero también quedará regularcillo. Con un poco de tinta ocultaré esta rozadura. La forma no está mal. Lo compré hace diez años, y ha vuelto la moda de entonces.

PEREZ.—Ya está la plancha puesta a la lumbre.

QUINTIN.—Bien, Pérez, bien; si, como espero, el Ministro me da hoy la credencial, yo recompensaré con largueza los servicios de usted. (*Dándose tono.*)

PEREZ.—Muchas gracias. Yo me alegraré mucho de que al fin le den ese empleo, porque de esa manera pagará usted las dos mensualidades...

QUINTIN.—(*Incomodadísimo.*) Ya sé que son dos; no necesito que nadie me lo recuerde.

PEREZ.—No; si yo no me meto en esas cosas; pero mi mujer me tiene frito, diciéndome a todas horas aprieta a don Quintín, aprieta a don Quintín. Y demasiado sabe usted que yo no le aprieto.

QUINTIN.—Por eso corresponderé a sus atenciones como merece. Para la una estoy citado con el Ministro. Vea usted, vea usted el B. L. M. (*Sacándolo de un bolsillo del pantalón.*)

PEREZ.—(*Leyendo.*) "El Ministro de Ultramar B. L. M. al señor don Quintín Ladrón de Guevara y tiene el gusto de participarle que le recibirá el lunes a la una de la tarde en su despacho." ¡Caramba! Pues es verdad.

QUINTIN.—¿Lo dudaba usted? (*Ofendido.*)

PEREZ.—No, no, sino que como otras veces...

QUINTIN.—Me espera a la una. (*Con mucha importancia.*)

PEREZ.—¿Y diga usted, don Quintín, va usted a ver a S. E. con el chaquet de todos los días?...

QUINTIN.—(Si sospechara este hombre...) Esa pregunta es una inconveniencia. (*Muy incomodado.*)

PEREZ.—Usted dispense...

QUINTIN.—Sabe usted demasiado que si no me compro ropa hace algún tiempo es porque luego no había de servirme en Cuba y prefiero hacérmela más a propósito para el clima de aquellos países... Pero mi primo el Marqués me proporciona la que necesito cuando llega una ocasión como la de hoy.

PEREZ.—Ya, ya; entonces no digo nada.

QUINTIN.—Vea usted si está ya caliente la plancha, que quiero marcharme al momento.

PEREZ.—¿No almorzará usted en casa?

QUINTIN.—No; almorzaré con el Ministro.

PEREZ.—¿Sí? (Qué más quisieras.) ¿De modo que hoy no bajará usted, como de costumbre, a bañarse al río?

QUINTIN.—Sí; que me tengan dispuesta la sábana. Bajaré a la tarde, cuando haya hecho la digestión. No puedo suspender los baños; el médico los considera indispensables. Treinta por lo menos...

PEREZ.—Claro, los necesita usted para refrescar la sangre; como tiene usted ese genio tan vivo y tan... tan... (insufrible.)

QUINTIN. — Pérez, cada uno tiene su temperamento.

PEREZ.—Es verdad. Yo estoy contento con el mío: no me altero por nada. (Pues si me alterase, me habría muerto hace muchos años.) Voy por la plancha.

ESCENA VII

DON QUINTIN, luego TECLA, después PEREZ

QUINTIN.—Este Pérez es una buena persona. Cuando pueda le protegeré.

TECLA.—Buenos días, don Quintín.

QUINTIN.—Hola, Teclita, ¿qué es eso? ¿Ha llorado usted?

TECLA.—No, señor, no; es que... he estado picando cebolletas para el almuerzo. *(Sollozando fuerte.)*

QUINTIN.—¡Ah! (No la conmueven poco a esta muchacha las cebolletas.) (*Entra en su cuarto.*)

TECLA.—¡Qué desgraciada soy, Dios mío! (*Se sienta y llora.*)

PEREZ.—Aquí está ya la plancha. ¡Ah, hija mía! ¿Y don Quintín?

TECLA.—En su cuarto.

PEREZ.—Salgo al momento y hablaremos. ¿Se puede?

QUINTIN.—Adelante. (*Entra y sale al momento.*)

TECLA.—¡Yo me voy a morir de pena! ¡Ay! ¡David, David! ¿Qué vas a decir cuando lo sepas?

ESCENA VIII

TECLA y PEREZ

PEREZ.—Teclita, hija mía, no llores.

TECLA.—¡Ay, papá, qué desgraciada soy!

PEREZ.—Lo sé todo: no me digas una palabra. Tu madre lo ha decidido y no hay más remedio que callar...

TECLA.—¿Pero, papá, usted que es tan bueno... por qué no le hace comprender?...

PEREZ.—¡Imposible! Pero no te desesperes. ¡Quién sabe si ese proyecto no se realizará! Hasta ahora no pasa de ser un deseo de tu madre... Acaso venga ese Andrés y no logre cazarlo.

TECLA.—¿Cómo?

PEREZ.—Casarlo.

TECLA.—Si lo peor es que mamá no quiere que David siga viviendo con nosotros.

PEREZ.—Me ha encargado de decírselo antes de que ella vuelva de la compra. Quiere que a todo trance hoy mismo abandone esta casa. Y yo, la verdad, no sé cómo enterarle al pobre muchacho... No sirvo para estas cosas, vamos. Decirle márchese usted a un joven que paga tan puntualmente y que es tan amable y servicial...

TECLA.—¡Y tan guapo!

PEREZ.—Pues, hija, no hay más remedio que comunicárselo inmediatamente.

TECLA.—¡Qué ajeno estará de lo que le espera!

PEREZ.—Oye, Teclita, casi es mejor que le hagas tú saber lo que sucede... Llámale y dile... Dile... En fin, a tí se te ocurrirá lo que has de decirle... Entre vosotros hay más confianza y más... ¿No te parece?

TECLA.—¡Papá, qué bueno es usted! (*Abrazándole.*)

PEREZ.—Habla con él antes de que vuelva tu madre.

TECLA.—Bueno, se lo diré poco a poco... si no es capaz de morirse.

PEREZ.—¿Morirse?

TECLA.—Sí, señor, sí; le conozco bien.

PEREZ.—Pues díselo como mejor te parezca. Yo estaré por ahí al cuidado. Anda, llama.

TECLA.—Secaré mis lágrimas... y le prepararé para el golpe. (*Se acerca a la primera puerta derecha y da tres golpecitos.*)

ESCENA IX

TECLA, DAVID, dentro. PEREZ al foro y asomando la cabeza por la puerta, entre las cortinas, cada vez que habla.

MUSICA

TECLA. ¡David!
DAVID. ¿Quién llama?
TECLA. Soy Tecla.
DAVID. ¡Teclita!
TECLA. ¿Estás todavía en la cama?
DAVID. Teclita.
TECLA. ¿Qué quieres?
DAVID. Bendita tú eres
entre todas las mujeres.
Enseguida me levanto.
TECLA. ¡Anda pronto!... ¡date prisa!
DAVID. ¡Caracoles! ¡Si no encuentro,
por más vueltas que estoy dando, la camisa.
PEREZ. (¡Pobrecito! ¡Si él supiera!...)
TECLA. ¡Pero corre, por favor!
DAVID. ¿Es acaso que tu madre ha fallecido?
PEREZ. (¡Por desgracia, no, señor!)

———

DAVID. ¡Vida mía!
TECLA. ¡Remolón!
DAVID. ¡Ay, Teclita de mi alma,
cómo me hace *tipi tipi* el corazón!
PEREZ. ¡Pero, hija, date prisa,
que tu madre va a venir!
TECLA. ¡Pero, padre!... ¿Pero, sales?
DAVID. ¡Caracoles!
TECLA. ¡Caracolas!
PEREZ. ¡Cata!...
DAVID. ¡Pum! Ya estoy aquí.

———

TECLA. Tengo mucho que contarte.

DAVID. Mucho tengo también yo.
TECLA. No será como lo mío.
De seguro.
DAVID. ¿Por qué no?
¿Es acaso, Tecla mía,
que te cansa ya mi amor?
TECLA. ¡No lo digas, ni aún en broma!
¡Mono!
DAVID. ¡Mona!
PEREZ. (¡Ay, Jesús; cuánta monada!
¡Vaya por Dios!)
DAVID. ¡Tecla!... ¡Teclita!...
No puedo ya vivir sin tí.
TECLA. (¡Cómo le digo
que lo echan de aquí!)
DAVID. Deja que un beso
en tu manita estampe yo.
PEREZ. (Tecla, de fijo,
le dice que no.)

TECLA. En la mano, lo permito.
DAVID. ¡Ay qué gusto que me da! (*Besándola.*)
TECLA. ¡Suelta, suelta; que haces daño!
DAVID. Otro solo.
TECLA. Basta ya.
DAVID. De que yo te llame esposa,
¿cuándo el día llegará?
TECLA. Temo que no va a ser pronto. (*Sollozando.*)
DAVID. ¡Tonta!
TECLA. ¡Tonto!
PEREZ. (¡Esto sí que es tontería
para un papá!)
DAVID. ¡Cuánto te quiero!
TECLA. ¡Cuánto te adoro!
DAVID. Tú eres mi vida.
TECLA. Mi vida es tu amor.
DAVID. Tú eres mi estrella.
TECLA. Tú mi cielito.
PEREZ. (Y yo un borrego
de marca mayor)
DAVID. Quiéreme siempre.
TECLA. Nunca me olvides.
DAVID. ¡Tecla adorada!
TECLA. ¡Querido David!
DAVID. ¡Ay, dulce prenda!

TECLA. ¡Ay, prenda amada!
DAVID. ¡Ay mi vidita!
LOS DOS. Tú me haces feliz.

DAVID. Quiero estar siempre a tu lado.
TECLA. Eso quiero también yo;
pero mucho estoy temiendo
que no pueda.
DAVID. ¿Por qué no?
De tu lado, Tecla mía,
nadie me separará.
TECLA. Eso es todo mi deseo.
DAVID. ¡Fea!
TECLA. ¡Feo!
PEREZ. (¡Eso, luego, doña Casta
os lo dirá!)

LOS DOS. ¡Oh, qué dulce placer,
ser marido y mujer!
PEREZ. (Aún más dulce es gozar
el placer de enviudar.)
DAVID. Díme Teclita que sí.
TECLA. No me separo de tí.
LOS DOS. ¡Qué bien estamos así!
PEREZ. Yo ya me marcho de aquí. (*Vase.*)
DAVID. Un beso más.
TECLA. ¡No!
DAVID. ¡Sí!

HABLADO

DAVID.—¡Tecla de mi corazón! ¡Cuándo llegará el día en que pueda decirte: basta de amor platónico; basta de miraditas y suspiros, y vamos a la Vicaría!

TECLA.—¡Ay, David!

DAVID.—¡Qué felices seremos entonces! Porque hemos nacido el uno para el otro; es decir, para la otra; mejor dicho, para esta.

TECLA.—Desgraciadamente...

DAVID.—¿Qué hay que esperar? Esperaremos. Los días nos parecerán siglos, pero al fin y al cabo tú serás mía, mía. Hasta tu nombre indica el esposo que debe tocarte en suerte: Tecla, a tí tenía que tocarte un pianista.

TECLA.—Sí, es verdad, soy Tecla, pero de las negras; tengo muy mala sombra.

DAVID.—¿A qué viene esa aflicción? Confía como yo en lo porvenir, y sé dichosa con la esperanza.

TECLA.—(¿Y quién le dice ahora...?)

DAVID.—Si hoy no tengo nada que ofrecerte más que un amor sin límites, porque mi sueldo del café y lo poco que gano dando lecciones, apenas basta para mis necesidades, mañana... ¡quién sabe! A tí te consta que yo no tengo ningún vicio: ni bebo, ni juego, ni fumo, ni... nada; pero todos mis ahorros me los gasto en la lotería, y el corazón me dice que he de agarrar el premio gordo. ¡Ya que tanto toco, a ver si me toca!

TECLA.—Sí, pero...

DAVID.—No me quites las ilusiones. Día llegará en que yo pueda decir al dueño del café: quede usted con Dios, ignorante; ya no toco más la jota de los *ratas*, ni el tango del *Certamen nacional;* me dedico a mis clásicos y a componer todas las fantasías que tengo aquí. Porque mi especialidad son las fantasías.

TECLA.—Ya lo veo.

DAVID. Pero, dale al público del café Talía música delicada... ¡Imposible! Anoche, sin ir más lejos, toqué por vez primera esa composición que te hice oir pocos días hace, *El niño de los ruiseñores.* ¿Recuerdas? Aquella que hace... (*Tararea un poco. — De pronto.*) Pues aquel auditorio de imbéciles se quedó como si nada hubiera oído. Sólo un caballero que tomaba café en un rincón, aplaudía con toda su alma desde que empecé. Yo, me levanté conmovido, me acerqué a él, y le dije:—¡Gracias, caballero, gracias; usted es el único que me ha comprendido!... Lo que no comprendo es lo descuidado que está el servicio en este café —me contestó—; hace media hora que estoy inútilmente llamando al mozo—. Y siguió dando palmadas. Excuso decirte cómo me quedaría. ¡Qué decepción para un artista sensible!

TECLA.—(¡Vamos; que no sé cómo decírselo!)

DAVID.—Pero yo no me desanimo por tan poco. Ayer empecé una nueva composición sobre motivos de *Norma.* Voy a dedicársela a tu mamá; como se llama Casta, y el tema es *Casta diva,* yo creo que es oportuno y que ha de agradecérmelo. ¿No te parece?

TECLA.—No, David, no; mamá no merece que tú le dediques nada. (*Echándose a llorar.*)

DAVID.—¿Eh? ¿Qué es eso?

TECLA.—¡No puedo más !

DAVID.—¿Qué pasa? ¿Tal vez se opone a nuestras re-

laciones? ¡No en balde la notaba yo hace algunos días seria y desabrida conmigo!

TECLA.—¡Ay, David, qué desdichados somos!

DAVID.—¡Habla, por Dios!

TECLA.—Sí; oye, oye.

DAVID.—Dí pronto.

TECLA.—Mi mamá tiene un primo que se llama Gregorio, y que vive en Valdecabritos. (*Llorando.*)

DAVID.—Bien, ¿y qué?

TECLA.—Y este primo tiene un sobrino joven... (*Llorando más.*)

DAVID.—Continúa.

TECLA.—Y este sobrino joven ha heredado de su padre cinco mil duros. (*Llorando mucho más fuerte.*)

DAVID.—Pero eso no es motivo para que llores de esa manera.

TECLA.—Y viene a Madrid para poner un almacén de comestibles, y mi mamá se empeña en que me case con él.

DAVID.—¿Qué dices? ¿Casarte con un almacén de comestibles? Digo, con un...

ESCENA X

DICHOS y PEREZ

PEREZ.—¡Sí, amigo David; por desgracia es cierto!

DAVID.—Pero, señor de Pérez...

PEREZ.—No me diga usted nada, soy el primero en lamentarlo; usted es un joven simpático y decente...

DAVID.—¡Pero, esto es imposible!

PEREZ.—Casta se ha empeñado, y usted ya sabe lo que es Casta cuando se empeña.

DAVID.—Sin embargo, usted se opondrá con energía.

PEREZ.—Oiga usted. (*Llevándoselo aparte de Tecla.*) Cuando en un matrimonio la mujer se pone los pantalones, el marido, naturalmente, se queda en calzoncillos; y así, en ropas menores, no se tiene energía, ni dignidad... ni nada. Eso me pasa a mí.

DAVID.—¡Tecla, yo no me separo de tu lado! (*Yendo hacia ella.*)

TECLA.—¡Ay, David! no hay otro remedio.

PEREZ.—Hoy mismo tiene usted que dejar la habitación para el otro, que llega mañana. Casta no quiere que le encuentre a usted aquí de ninguna manera. Así nos lo ha dicho.

DAVID.—¡Pero esto es una crueldad!

PEREZ.—Tiene cinco mil duros, amigo mío, y usted no tiene nada, y el mundo es así. *(Campanilla.)* ¡Ay, llaman! ¡Será mi mujer! ¡Por Dios, vaya usted a su cuarto, y tú allá dentro, que no os encuentre aquí. (*Vase.*)

DAVID.—¡Tecla, júrame que no serás esposa del joven de Valdecabritos!

TECLA.—Yo te lo juro.

DAVID.—Con eso me basta. (*Entra en su cuarto.*)

TECLA.—¡Nunca te olvidaré, nunca! *(Vase por la segunda derecha.)*

ESCENA XI

DON QUINTIN, luego PEREZ y DON VENTURA (muy gordo) DON QUINTIN (con sobretodo claro y sombrero de copa)

QUINTIN.—No hay nadie; ahora puedo salir sin que me vean. ¡Ah! (*Apenas aparece a la puerta de su cuarto oye a don Ventura y entra apresuradamente, cerrando la puerta.*)

VENTURA.—(*Dentro.*) Pérez, que dispongan el almuerzo, (*Entrando.*) porque traigo un apetito feroz.

PEREZ.—No esperará usted mucho. Casta ya hace tiempo que se fué a la compra y volverá pronto.

VENTURA.—(*Sentándose y abanicándose con el sombrero.*) Hace un calorcito, que ya, ya. Salí de casa a las cinco de la mañana...

PEREZ.—Le oí a usted levantarse.

VENTURA.—En la buñolería de la esquina me comí tres docenas de buñuelos con una copita de aguardiente...

PEREZ.—Muy bien.

VENTURA.—Luego me fuí al Retiro, dí la vuelta grande, dos veces, y bebí seis vasos de agua en la fuente de la Salud.

PEREZ.—Eso es muy saludable; encima de los buñuelos, sobre todo.

VENTURA.—A mí no me hace daño nada. Tengo un estómago especial.

PEREZ.—(Por eso sigue viviendo aquí.)

VENTURA.—A las nueve entré en la vaquería y me tomé un vaso grande de leche con una ensaimada, y luego...

PEREZ.—¿Qué tomó usted?

VENTURA.—El paseo de los coches hasta el Angel caído. A la sombra de los árboles está hermoso aquello. Lo

malo es que al volver se coge una solana espantosa. Así vengo de sofocado. (*Bufando.*) Pero con un apetito... ya verá usted cómo almuerzo, ya verá usted. Como un buitre. Yo soy así.

PEREZ.—(Y así está así.)

VENTURA.—Ahora voy a mudarme de traje, porque como hoy no hay oficina, aprovecharé el día haciendo algunas visitas que tengo atrasadas. Conque, avíseme usted cuando esté el almuerzo, ¿eh?

PEREZ.—Sí, señor, sí.

VENTURA.—¡Uf! ¡Qué calorazo! (*Entra en su cuarto.*)

PEREZ.—¿Por dónde andará Tecla? ¡Pobrecita! Voy a hacerle unas cuantas reflexiones. (*Vase.*)

ESCENA XII

DON QUINTIN, que asoma por la puerta la cabeza. Se cerciora de que no hay nadie y sale por el foro precipitadamente. Poco después se oye la voz de Casta.

CASTA.—Vaya usted con Dios, don Quintín, vaya usted con Dios. Creí que me atropellaba. ¿A dónde irá ese hombre tan de prisa y con el cuello subido con el calor que hace? (*Deja sobre la mesa el talego, que trae lleno, y se quita la mantilla mientras habla.*)

DAVID.—¡Doña Casta! (*Deteniéndose. Sale con sombrero hongo.*)

CASTA.—¡Hola! ¿Qué hay?

DAVID.—Demasiado sabe usted lo que hay. (*Muy triste.*)

CASTA.—¡Ah, vamos! Pérez le ha dicho a usted...

DAVID.—Todo, señora, todo.

CASTA.—Pues excuso decirle a usted nada. Necesito libre esa habitación.

DAVID.—Ahora mismo voy a buscar otra.

CASTA.—Me parece bien; pero no corría tanta prisa. Basta con tenerla desocupada para la noche. Puede usted almorzar antes de marcharse.

DAVID.—¡Almorzar! ¿Usted cree que puedo yo almorzar? Señora, ¡tengo aquí un nudo!

CASTA.—Ya lo veo, el de la corbata.

DAVID.—No, el de dentro es mucho más apretado.

CASTA.—Pues, aflójelo usted.

DAVID.—Imposible.

CASTA.—Pues, déjeme usted en paz, vaya con Dios y olvide a la muchacha.
DAVID.—¡Eso no!
CASTA.—Bueno, pues no la olvide usted.
DAVID.—Aunque nos separe un abismo, seguiremos amándonos.
CASTA.—¡Bah, bah!, tonterías.
DAVID.—Señora, usted no tiene corazón.
CASTA.—Lo que yo no tengo es gana de hablar. Ya he dicho bastante.
DAVID.—Ha dicho usted demasiado. Adiós, doña Casta; adiós para siempre.
CASTA.—Hombre, ¿no va usted a volver por la ropa?
DAVID.—No, me falta valor para ver otra vez a Tecla. Tome usted la llave, métalo todo en el baúl, y ya enviaré un mozo para recogerlo. ¡Adiós, Tecla mía! ¡Adiós, adiós!... *(Vase llorando.)*

ESCENA XIII

DOÑA CASTA, luego PEREZ

CASTA.—No le ha hecho poco efecto mi resolución. Casi he estado a punto de enternecerme. ¡Bah! antes de dos meses ni él se acuerda ya de ella ni ella de él. Sin embargo... ella... Nosotras somos más sensibles. Aunque yo diga a Pérez otra cosa, aún recuerdo mi teniente de Farnesio con las charreteras y el chascás...
PEREZ.—*(Que ha entrado despacio y llega hasta ella.)* ¿Se fué ya el músico?
CASTA.—Sí, ya se fué. *(Muy brusca.)* Pon la mesa, que voy a preparar el almuerzo.

ESCENA XIV

DICHOS, DON VENTURA en mangas de camisa

VENTURA.—¡Pérez!
PEREZ.—¿Qué hay, don Ventura?
VENTURA.—¿Ha cogido usted de mi cuarto la levita que estaba colgada en la percha?
PEREZ.—Yo no.
CASTA.—Ni yo tampoco.
VENTURA.—Pues no está. He revuelto todos los trastos de la habitación y no parece.

CASTA.—Búsquela usted bien.

VENTURA.—Es inútil; tengo la seguridad de que no está.

CASTA.—¿Y quién puede habérsela llevado?

VENTURA.—¡Eso digo yo!

PEREZ.—¡Calle! ¿Don Quintín ha salido de casa?

CASTA.—Sí, cuando yo entraba salía él.

PEREZ.—¡Qué sospecha!

CASTA.—¿Qué?

PEREZ.—Le ví salir esta mañana muy temprano de su cuarto de usted, y parece que se recataba al encontrarme.

VENTURA.—¡Pero, hombre, ha de haberse atrevido!...

PEREZ.—Como hoy estaba citado con el ministro de Ultramar, y no tiene ropa negra...

CASTA.—De seguro ha sido él quien se la ha llevado. Por eso iba con el cuello del sobretodo muy subido.

VENTURA.—Pues, francamente, no me hace gracia que se tome esas libertades. (*Sin mucho enojo.*)

PEREZ.—Claro que no está bien.

CASTA.—Ni medio bien. (*Incomodadísima.*)

VENTURA.—Y sobre todo...

CASTA.—¡Ah! ¿el sobretodo también era de usted?

VENTURA.—No; digo, que, sobre todo, podía habérmelo pedido, si le hacía falta, que no se lo hubiera negado.

CASTA.—Sí, sí; pedir él, que tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca.

VENTURA.—Pues, lo siento mucho, porque pensaba hacer unas visitas y ya no puedo... Me ha fastidiado el hombre.

CASTA.—Cuando venga, yo le diré lo que merece. Ya sabe usted que no me muerdo la lengua...

VENTURA.—Y hace usted bien, porque se haría daño.

CASTA.—Encima de deberme dos meses de pupilaje atreverse a...

VENTURA.—No hay que tomarlo tan a pechos...

CASTA.—Envidio el carácter de usted. (*Campanillazo.*)

VENTURA.—¿Y qué consigo con incomodarme? Se quedarán las visitas para otro día. (*Entra en su cuarto.*)

PEREZ.—¡Allá voy! (*Otro campanillazo.*)

CASTA.—¡No traen poca prisa! ¡Qué barbaridad! (*Otro campanillazo.*)

ESCENA XV

DICHOS y luego PEREZ y DAVID, que trae en la mano la lista de la lotería; luego D. VENTURA. Luego TECLA

DAVID.—¡Tecla! ¡Doña Casta! ¡Pérez!
CASTA.—¿Qué hay?
TECLA.—¿Qué es eso?
VENTURA.—¿Qué pasa?
DAVID.—(*Que entra jadeante y se deja caer sobre una silla.*) ¡Ay! Agua. ¡Que me ahogo! ¡Agua!
CASTA.—¿Qué sucede?
PEREZ.—¿Pero qué es esto?
TECLA.—¡Bebe! ¡Bebe! (*Dándole un vaso de agua.*)
DAVID.—¡El gordo! ¡El gordo! ¡Véanlo ustedes ahí! ¡El cuatro mil *pelao!* (*Presentando la lista.*) ¡El mío!
TECLA.—¡Cómo!
CASTA.—¡Qué dice usted!
PEREZ.—¡A ver! Sí; en Madrid, primer premio el cuatro mil. (*Leyendo la lista.*)
CASTA.—¿Bien, pero qué?
DAVID.—¡Ese es! ¡Lo compré anoche! ¡Me ha tocado!
TECLA.—¿Es posible
CASTA.—¿Cuánto?
DAVID.—Diez mil duros.
CASTA.—¡María Santísima! Beba usted, hombre, beba usted. (*Cogiendo el vaso que tiene Tecla.*)
PEREZ.—¿Pero está usté seguro?
VENTURA.—No sea una equivocación...
DAVID.—Estoy segurísimo. Ahí dentro tengo el décimo.
PEREZ.—A buscarlo.
CASTA.—A verlo.
PEREZ.—¿Dónde está?
DAVID.—¡Yo no tengo fuerzas! Ahí: en el chaleco blanco.
CASTA.—Entra y sácalo, anda.
PEREZ.—(*Echa a correr y se detiene de pronto.* ¡Ah!
TODOS.—(*Alterados.*) ¿Qué?
PEREZ.—¡En el chaleco blanco!
DAVID.—¡Sí! Estoy seguro. (*Levantándose.*)
PEREZ.—En el que estaba sobre una silla. (*Deteniéndole.*)
DAVID.—¡Sí! En uno que tiene una mancha de tinta... por eso no me lo puse.
PEREZ.—¡Lo eché a la ropa sucia y se lo llevó la la-

vandera! (*Cae sin fuerzas sobre una silla.*)

TODOS.—¡Ah!

DAVID.—¡Dios mío! (*Entra en su cuarto y sale al momento.*)

TECLA.—¡Bebe, papá, bebe!

CASTA.—(*Amenazando a Pérez.*) ¡Este hombre merece que lo maten! Diez mil duros.

DAVID.—¡No está, no está! (*Saliendo.*)

PEREZ.—¡Qué ha de estar, si lo cogí yo mismo! ¡Como ví que estaba manchado!...

DAVID.—¡Me ha asesinado usted!

CASTA.—Corramos en busca de la lavandera; quizá sea tiempo todavía.

TECLA.—Sí, corramos...

PEREZ.—¿Tú sabes dónde lava?

CASTA.—Yo no.

DAVID.—En su casa nos lo dirán.

PEREZ.—¿Dónde vive?

CASTA.—¡Calvario! 26, duplicado.

DAVID.—¡Vamos al Calvario!

PEREZ.—Sin perder tiempo.

CASTA.—Sí, todos, vamos todos.

VENTURA.—Pero... (*Le rodean todos con mucho interés.*)

TODOS.—¿Qué?

VENTURA.—¿No almorzaremos antes?

CASTA.—Déjenos usted de almorzar, hombre.

TECLA.—Vamos a buscar a Rosa.

DAVID.—Vamos a buscar el décimo.

VENTURA.—Vaya, pues vamos.

(*Mientras cantan van de un lado a otro buscando las mantillas y los sombreros que se ponen precipitadamente.*)

MUSICA

DAVID. Vamos presto, vamos pronto,
es preciso averiguar
si han echado a la colada
toda mi felicidad.

TECLA.
CASTA.
PEREZ.
VENTURA.
Indaguemos, preguntemos,
ya no hay tiempo que perder;
el chaleco de este joven
que parezca es menester.

DAVID. ¡Décimo mío,
corro a salvarte!
en tí mi suerte
cifrada está;
corro en tu busca,
si logro hallarte,
el premio gordo
mío será.

———

TODOS. Vamos presto, vamos pronto,
es preciso averiguar, etc.
(*Vanse rápidamente.*)

INTERMEDIO

Telón corto que representa el interior de un portal.—La escalera principal al foro.—A la izquierda la portería, con cierre de cristales.—La entrada de la calle a la derecha.

ESCENA XVI

DOÑA CASTA, TECLA, DAVID, PEREZ y DON VENTURA, luego el PORTERO

HABLADO

PEREZ.—Veintiseis duplicado: aquí es. (*Dentro.*)
CASTA.—Entremos.
DAVID.—¡Portera!
CASTA.—¡Portera!
TECLA.—¡Portera!
VENTURA.—¡Portera!
DAVID.—¡Portera!
PORTERO.—(*Saliendo.*) ¿Pero, qué es esto? ¿Qué quieren ustedes?
DAVID.—¿Vive en esta casa una lavandera que se llama Rosa?
PORTERO.—¡Qué barbaridad! ¿Y pa preguntar eso arman ustedes tanto escándalo? (*Saca tabaco picado y papel, y empieza a liar un cigarrillo con muchísima calma.*)
CASTA.—Conteste usted pronto, hombre.
PEREZ.—Que se trata de un asunto muy grave.
DAVID.—¿Vive aquí o no? (*Muy fuerte.*)

PORTERO.—Sí, señor, aquí vive; y pa eso no hay que darme voces, que no soy sordo.

CASTA.—¿En qué piso?

PORTERO.—Calma, señora, calma.

TECLA.—¡Hombre, por Dios!

PORTERO. Escalera del patio, piso tercero, galería de la izquierda, cuarto número cuatro.

DAVID.—¿Hace usted el favor de venir con nosotros, porque no vamos a recordar?...

PORTERO.—Excusen molestarse, no está en casa.

CASTA.—Lo suponíamos, pero habrá alguien a quien preguntar...

PORTERO.—No hay nadie, porque su esposo, que es albañil, se fué a la obra y ella está en el río. Como es día de lavar...

DAVID.—¿Y a qué lavadero va? ¿Usted lo sabe?

PORTERO.—Como saberlo... sí que lo sé.

CASTA.—Pues, dígalo usted, vamos.

DAVID.—Tome usted dos pesetas, y dígalo pronto.

PORTERO.—Muchas gracias. Pues... (*Le escuchan con gran interés todos.*) ¿Serán buenas? (*Haciéndolas sonar en el suelo.*)

DAVID.—Sí, hombre, sí.

PORTERO.—Pues diré a ustés... ella antes lavaba en el lavadero Imperial, allá, saliendo de la Puerta de Toledo, hacia la derecha, tirando al río...

CASTA.—Bien, pero ahora...

TECLA.—Sí, ¿ahora, dónde?

PORTERO.—Pus tuvo allí una custión con una ayudanta, y dijo... dice: yo no sigo lavando aquí.

PEREZ.—¿Y a dónde se fué?

CASTA.—(¡Este hombre me quema la sangre!)

PORTERO.—Pus verán ustés. Estuvo dudando si la convenía dirse a otro lavadero cubierto, o lavar en el Manzanares... y en estas dudas... (*Acaba de liar el cigarrillo y se lo pone en la boca.*)

TODOS.—¿Qué?...

PORTERO.—¿Me dan ustés un fosforito?

LOS TRES.—Sí, hombre, sí. (*Encienden a un tiempo y muy de prisa, cada uno un fósforo, don Ventura, Pérez y David, y se lo presentan al Portero.*) Tome usted.

PORTERO. No quisiera despreciar a ninguno de ustés... (*Riéndose, y sin coger ningún fósforo.*)

DAVID.—¡Por las once mil vírgenes, encienda usted pronto!

CASTA.—Y díganos dónde demonios lava esa mujer.
PORTERO.—A eso voy. (*Después de encender.*)
TECLA.—Nos interesa mucho saberlo con urgencia.
PORTERO.—Ya se conoce, ya. (*Pausa.*) Pus, miren ustés; ella lava en el río; pero a punto fijo, yo no puedo asegurarles dónde.
PEREZ.—¡Ahora salimos con eso!
DAVID.—Hombre... me dan ganas de...
PORTERO.—¡Toma! Pus ya les digo a ustés dónde lava; ¡yo qué sé si se pone en un sitio u en otro!
DAVID.—¡No es posible que esperemos más! (*Rapidísimo hasta el final.*)
CASTA.—Para ganar tiempo, tomemos dos coches.
DAVID.—Sí: ustedes van en uno, y Tecla y yo en el otro.
CASTA.—¿Qué dice usted, hombre?
DAVID.—¡No sé lo que me digo: estoy trastornado!
PEREZ.—¡A escape al Manzanares!
VENTURA.—¡Al río, sin perder momento!
TECLA.—A recorrerlo todo.
DAVID.—¡Desde el nacimiento hasta la desembocadura! (*Vanse rápidamente uno tras otro.*)
PORTERO.—(*Gritando.*) ¡Vayan ustedes con Dios! Pues no van poco apresuraos. Estas dos pesetas deben ser falsas. Voy a ver si me las pasan en la taberna. (*Vase.*)

CUADRO SEGUNDO

Orillas del Manzanares.—A la derecha la casa lavadero, con puerta y ventanas.—A la izquierda merendero con rótulo, que dice "Merendero del tío Pepe, callos y caracoles.—Una valla de tablas muy espesa de un metro de altura, oculta el río.—Al fondo el tendedero con bastante ropa, y en último término los baños.—A la derecha puente de madera pintado de verde.—A la entrada una gran muestra con este letrero: "Paso a los baños de Sol"; encima un sol pintado de amarillo.—Dos bancos de madera tosca en escena.—La valla del fondo tiene una entrada de medio metro, por la que se ven dos bancas, una en la orilla de acá, y otra en la de allá del río, que se supone en lo hondo.—En la banca más próxima, de espaldas al público, lava Rosa.—Las demás lavanderas se suponen detrás de la valla, y hablan y cantan sin que el público las vea.

ESCENA XVII

CORO de LAVANDERAS. Dentro

MUSICA

Al bajar a las bancas
del Manzanares,
sin querer olvidamos
nuestros pesares.
Páece que el agua
nuestras penitas
lleva corriendo
cuando se va;
y nos deja la alegría
pa pasar la *vía*,
que es bien *arrastrá*.

(*Sigue música en la orquesta.*)

HABLADO

ROSA.—¡Señá Petra! ¡Coja usté esa concha de jabón, que se la lleva el agua!

LAVANDERA 1.ª—¡Ay! Miá un caballero con chistera y tóo. (*Atraviesa por el puente, yendo hacia los baños, don Quintín.*)

LAVANDERA 2.ª—Es verdad; un señor de etiqueta.

ROSA.—¿Caballero, quié usté que le lave algo?

MUNICIPAL 1.º—Orden, señoras, orden y no digan incomenencias a los señores que pasan por el puente.

LAVANDERA 1.ª—¡Ay, la autoriá del monicipio!

TODAS.—(*Gritando.*) ¡Que se vaya! ¡Que se vaya! ¡Que se vaya! (*Como en los toros cuando piden otro.*)

ESCENA XVIII

Dos guardias municipales entran en escena por la abertura de la valla.

MUNICIPAL 1.º—Está visto, compañero; pa bajar al río las parejas debían componerse lo menos de veinticinco endividuos cada una.

MUNICIPAL 2.º. ¿Y qué vas a hacer con mujeres?

MUNICIPAL 1.º—¡Claro! ¿Qué va uno a hacer con ellas? Lo que hace, y na más que lo que hace. (*Vánse por la derecha.*)

MUSICA

LAVANDERAS.—(*Dentro.*)

Pa sortijas y gracia
las carniceras,
y *pa guasas* y *coba*
las lavanderas.
To el santo día
dale que dale,
a la muñeca
y al paletín;
pero en viendo una chistera
se arma entre nosotras
la de San Quintín.

HABLADO

(*Pasa la peinadora con un cesto al brazo.*)

PEINADORA.—¡Peinadora! ¿Quién *quié* peinarse por quince céntimos con bandolina?

LAVANDERA 3.ª—¡Peinadora! Venga usté acá, que esta noche tengo riunión en mi casa.

PEINADORA.—Allá voy. (*Entra por la valla.*)

LAVANDERA 1.ª—¡Compañeras! miray lo que acabo de lavar.

LAVANDERA 2.ª—Olé, por las buenas prendas. (*Griterío.*) ¡Valientes calzoncillos!

LAVANDERA 3.ª—Esos merecen que se los pasee.

LAVANDERA 1.ª—Sí, sí, al palo.

TODAS.—¡Al palo! ¡Al palo! (*Gran vocerío dentro.*)

ESCENA XIX

El bollero y las lavanderas entran en escena marchando marcialmente, armadas de sus palas y con los brazos arremangados. Una lleva una pértiga alta, con un gancho en el extremo superior y colgados de él por una cinta corta unos calzoncillos blancos, recién lavados pero muy rotos. Deben tener dos remiendos en las perneras por la parte exterior, de tela algo oscura para que se distingan, y otro remiendo en el trasero, con perdón de ustedes.—Al aparecer en la escena, los calzoncillos van recogidos contra la pértiga, para lo cual deberán las dos lavanderas que lleven las cintas, como las de los estandartes en las procesiones, colocar juntas las manos hasta que se desplieguen los calzoncillos cuando se marca en la pieza musical.

MUSICA

BOLLERO.—*(Que aparece en el puente y se detiene allí con el pregón.)*

¡Bollero! ¡Bollero!
¡Venid, lavanderas,
dejad el jabón,
que tengo unos bollos
que son de pistón:
la fina rosquilla
y el buen mantecao,
el bollo de aceite
y el empiñonao!

LAVANDERAS. Las lavanderas, olé, *(Saliendo.)*
ya están aquí:
con ellas viene la sal
que hay en Madrí.
Aquí llevamos
al tendero,
los calzoncillos
de un caballero.

BOLLERO. ¡Bollero! ¡Bollero!

ESCENA XX.

DICHOS, los CORNETAS con el CABO al frente, por la derecha

LAVANDERAS. ¡Vivan los cornetas!
CORNETAS. ¡Viva la verdad!
¡Vivan las que al río
bajan a lavar!

CABO Adiós, Manuela.
UNA Adiós, Manuel.
UN CORNETA Adiós, Francisca.
OTRA Adiós, Miguel.
CABO En cuanto que tocamos
a descansar,
ya véis que sus venimos
a visitar.

LAVANDERAS ¡Viva el salero
del melitar;
qué gracia tiene
para tocar!

CORNETAS ¿Qué traéis en ese palo,
a manera de pendón

LAVS. Una cosa que merece
que fiijéis vuestra atención.
Aunque paece un estandarte
es tan sólo un pantalón;
pero es cosa de mirarlo
con muchísima atención.

(Desplegando de pronto los calzoncillos, para lo cual basta que se separen de la pértiga las dos Lavanderas que los llevan cogidos por las cintas.)

LAVS. Esto son los calzones
de un señorito.

CORNETAS ¡Ay, qué frío habrá pasado
este invierno el pobrecito!

LAVANDERAS Tiene ventiladores

(Dando la vuelta a los calzoncillos para que quede a la vista del público la parte posterior.)

por delante y por detrás.

CORNETAS ¡Marecita de mi alma
cómo está la sociedá!

LAVANDERAS Cuando los jueves
va una a entregar
toda la ropa
ya bien lavá,
¡cuánta tontería,
cuánta atrocidad
de las parroquianas
tiene que aguantar!
Dice una vieja:
"A este almohadón
le han dado ustedes
poco jabón."
Y yo algunas veces
les he contestao:
a usté si que le hace
falta un jabonao.

¡Qué cursilería,
cuánto paripé,
qué ponerse moños
sin tener por qué!

LAVS. CORS. { Esto son los calzones
etcétera, (*Repitiendo el juego de la primera vez.*)
cómo está la sociedá.

LAVANDERAS En el río sale
Toda la verdad.

TODOS *Pa* las lavanderas
no hay oculto *ná.*

CABO Vámonos, muchachos
vamos al cuartel.

CORNETAS Vamos cuando guste
nuestro coronel.

(*Cuadrándose burlescamente.*)

CABO Antes de irme (*A las Lavanderas.*)
váis a escuchar
el paso doble que al ir a misa
mi batallón tocando va.
Y ya veréis
cómo se alegra al escucharlo
vuestro corazón.
Atención.

CORO Atención.

CABO Rán, plán, plán, etc.

(*Imitando con fuerza el redoble del tambor.*)

Ay, qué gusto da,
qué bonito es
ver formar, ver salir
a la tropa del cuartel.
Cuando al son
del rataplán
el soldao
marchando va,
de placer
y de ilusión
lleno va
su corazón
Y al machar por esas calles
con marcialidad,

la mitad de las criadas
dejan de fregar.
Echan a correr,
salen al balcón
para ver pasar
nuestro batallón.

TODOS — Cuando al son, etc.

CABO — Batallón, firmes, derecha, ¡march! (*Vanse.*)

LAVS. — Vamos a las bancas,
que hay que trabajar
y tenemos mucha
ropa que lavar.

BOLLERO — ¡El bollero! (*Dentro y lejos.*)

TODOS.—(*Apareciendo de pronto por donde han salido.*)
¡Tararí! ¡Tararí!
¡Rataplán! Rataplán!

(*Vanse rapidísimamente.*)

ESCENA XXI

EL TIO PEPE; ROSA, lavando en la banca

PEPE.—¡Anda, demonio! Paece mentira que tengan gana de divertirse trabajando tóo el día como negras. (*Rosa, que ha dejado de lavar y coge dos grandes talegos, se acerca al señor Pepe.*) ¿Qué es eso? ¿No vas tú también con las del rataplán?

ROSA.—Déjeme usté a mí de belenes. No estoy yo pa esos jaleos. A mí lavao y se acabó. ¿Están encendías las calderas?

PEPE.—Ya dejo hirviendo el agua.

ROSA.—Pues voy a meter tóo esto.

PEPE.—Anda con Dios. (*Rosa entra en el lavadero y en el merendero Pepe.*)

ESCENA XXII

DOÑA CASTA, TECLA, DAVID, PEREZ Y DON VENTURA
por la izquierda

CASTA.—¡Ay! No puedo más. (*Sentándose.*)

TECLA.—¡Yo estoy rendida de calor! (*Idem.*)

VENT.—¡Yo estoy muerto de hambre! *(Idem.)*
PEREZ.—Yo no sé cómo estoy. *(Idem.)*
CASTA.—Descansemos aquí un rato, mientras usted sigue buscando por ahí.
DAVID.—Sí, yo no puedo descansar ni perder un momento.
CASTA.—¿Dónde demonios lavará esa mujer?
VENT.—¡Caracoles! *(Mirando el rótulo del merendero.)*
TODOS.—¿Qué? *(Levantándose.)*
VENT.—Que hay caracoles y callos. Yo aquí me meto a tomar un bocadillo. ¿Ustedes gustan?
CASTA.—¡Para comer estamos nosotros!
VENT.—Pues yo sí.
PEREZ.—Y yo también, pero... *(Mirando a doña Casta.)*
VENT.—(¡A mí qué me importa, al fin y al cabo, que parezca o no el tal billete! Tomaré unos caracolitos.) A ver. ¡Mozo! *(Entra en el merendero.)*

ESCENA XXIII

DICHOS menos DON VENTURA. Luego el TIO PEPE

DAVID.—Voy a recorrer lo poco que falta del río... Espérenme ustedes aquí.
CASTA.—Pregunte usted antes ahí dentro, por si acaso.
DAVID.—Es verdad. *(Al dirigirse al merendero, sale el Tío Pepe con unas botellas.)* Diga usted, ¿lava por aquí una que se llama Rosa, que vive en la calle del Calvario?
PEPE.—Sí, señor.
TODOS.—¡Ah! *(Poniéndose en pie.)*
PEPE.—Allí sale. *(Se dirigen hacia Rosa. El Tío Pepe entra en el merendero.)*

ESCENA XXIV

DICHOS y ROSA, que sale de la casa

CASTA.—¡Rosa!
DAVID.—¡Ella!
PEREZ.—¡Por fin! *(Rodeándola con impaciencia.)*
ROSA.—¿Qué es esto? ¿Ustés por acá?
DAVID.—Rosa, Rosa... ¡Ay, no me atrevo a preguntarle!

ROSA.—¿Sucede alguna desgracia?

DAVID.—Todavía no lo sabemos. *(Con gran agitación hasta el final de la escena.)*

CASTA.—Vamos a ver. ¿Ha lavado usted la ropa que se llevó de casa?

ROSA.—¡Pus, claro!

TODOS.—¡Ay!...

ROSA.—¡Figúrese usted, a estas horas! ¡Ya está en la lejía!

CASTA.—¿Toda?

ROSA.—Toda.

TODOS.—¡Ah!... *(Con desaliento.)*

DAVID.—Habrá usted lavado un chaleco blanco, ¿verdad?

ROSA.—He lavao cuatro, y bien restregaos que van.

DAVID.—¡Adiós mi fortuna! *(Cayendo sobre el banco.)*

TECLA.—¡Adiós mis esperanzas! *(Idem.)*

PEREZ.—¡Adiós mi dinero!

CASTA.—¿Y no sería posible sacar ese chaleco de la lejía?

ROSA.—¡Quiá! Si la colá tiene que estar cociendo hasta mañana, y tóo está junto.

DAVID.—¡Mis diez mil duros cocidos!

ROSA.—Pero, ¿quién ustés decirme...?

PEREZ.—¿No pedías para la ropa mucha colada? Anda, toma colada, toma colada. *(A doña Casta.)*

DAVID.—¡Mañana estará el décimo hecho papilla!

ROSA.—*(Acercándose a Tecla.)* Señorita, explíqueme usted... *(Tecla habla con ella en voz baja.)*

DAVID.—¡Ay, doña Casta, doña Casta, qué desgraciado soy!

CASTA.—Mucho, mucho; por eso no piense usted en casarse con mi hija.

DAVID.—Ese sería mi único consuelo. Daba por bien perdidos los diez mil duros, con tal de ser su esposo.

PEREZ.—¡Oh, generoso joven! ¡Lo que puede el amor... o La pata de cabra!

ROSA.—*(A David.)* ¡Válgame Dios! ¡Cómo había yo de figurarme lo que tenía el chaleco! Usté me perdonará; pero como yo no registro los bolsillos...

DAVID.—Déjeme usted en paz, mujer, déjeme usted en paz.

CASTA.—Ea, esto se acabó. Pérez, todo el mundo a casa; y basta de llanto, niña, que vas a llamar la atención.

¡Calle! ¿don Quintín? Viene sin duda del baño. ¡Don Quintín!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DON QUINTIN, que viene por el puente, luego DON VENTURA

QUIN.—¡Doña Casta! ¡Ustedes aquí!

CASTA.—¿No sabe usted lo que ha pasado?

QUIN.—Lo que ha pasado es lo que no puede pasar. Volví a casa con objeto de ponerme otro traje más propio para el baño, y como no encontré allí a nadie, tuve que venir así y me han zumbado las lavanderas al verme con sombrero de copa y levita.

VENT.—*(Que ha salido del merendero, con la boca llena, y ha oído las últimas palabras.)* A propósito de levita, señor don Quintín...

QUIN.—¡Ah!... Usted también...

VENT.—*(Con mucha amabilidad.)* Sí, señor, yo, que me permito rogar a usted que en lo sucesivo me haga el obsequio de no usar mis prendas de vestir, sin pedirme permiso para ello.

QUIN.—¡Usted me ofende! Esas palabras...

VENT.—¡Hombre; me parece que más suaves!... *(Pérez se interpone.)*

QUIN.—Me dará usted una satisfacción.

VENT.—Bueno; pero déme usted antes mi levita, que sin duda, lleva usted puesta.

QUIN.—Puesta la llevo. ¡Felizmente ya no necesito esta clase de favores! ¡Me han empleado en la Aduana de Puerto Rico y podré tener levitas mías, no como ésta, sin duda hecha en la calle de la Cruz! *(Quitándose el gabán, y luego la levita.)* ¡Vaya unas solapas! No tiene usted la culpa, sino yo, que he tenido la poca aprensión de ponérmela. *(Le arroja la prenda, que recoge don Ventura.)*

VENT.—*(A Pérez.)* Sí que ha sido poca aprensión.

QUIN.—Ahí tiene usted su levita, y buen provecho le

haga. *(Al volverse hacia David para ponerse el gabán, aquél repara en el chaleco blanco de don Quintín, que tiene una mancha pequeña de tinta sobre el bolsillo derecho.)*

DAVID.—¡Ah!... ¡Esa mancha de tinta!.. ¡Mi chaleco!... *(Arrojándose sobre don Quintín.)*

TODOS.—¡Cómo!

DAVID.—¡Es el mío! *(Le rodean todos con ansiedad. David procura meter la mano en el bolsillo derecho.)*

QUIN.—*(Defendiéndose contra el ataque de todos.)* Sí, hombre, sí; pero déjenme ustedes. Yo se lo daré ahora... ¡Que me hace usted cosquillas!

DAVID.—¡Aquí está, aquí está el décimo! ¡Intacto ¡Intacto! *(Enseñándolo.)*

QUIN.—¿Qué es ésto?

TECLA.—¡Qué alegría!

DAVID.—*(Sacando el billete.)* ¡El cuatro mil pelao! Veánlo ustedes.

QUIN.—Pero, ¿qué es eso?

PEREZ.—¡Diez mil duros!

DAVID.—¡Don Quintín, venga un abrazo! *(Abrazándole.)*

CASTA.—¡Le ha hecho usted rico! *(Idem.)*

VENT.—¡Le ha hecho usted feliz, llevándose el chaleco!

DAVID.—Yo voy a morirme de alegría.

CASTA.—Hombre, no; no se muera usted hasta que se case con Tecla.

DAVID.—Doña Casta, me hace usted dichoso. *(Se dispone a abrazarla y de pronto se vuelve a Tecla y abraza a ésta.)* ¡Tecla!...

TECLA.—¡David!...

DAVID.—*(Gritando.)* ¡A ver, que vengan aquí todos! ¡Lavanderas... lavanderas!

ROSA.—Venir acá, venir acá. *(Desde la valla.)*

DAVID.—Quiero convidar a todo el mundo.

LAV. 1.ª
LAV. 2.ª } ¿Qué es ésto? ¿Qué pasa aquí?

ROSA.—Ese señorito nos convida. Le ha tocao el premio gordo.

DAVID.—¡Al merendero! ¡Al merendero!.

LAV. 1.ª—¡Viva el señorito!

TODAS.—¡Viva!

PEREZ.—*(A don Quintín.)* Vamos, don Quintín.

QUIN.—Hombre, así, de sombrero de copa...

PEREZ.—Ocupará usted la presidencia.

QUIN.—En ese caso, acepto.

LAV. 1.ª—¡Viva el gordo!

TODAS.—¡Viva!

VENT.—¡Gracias, hijas mías, gracias!

FIN